DISTANCIA

Revista de Creación Literaria

https://revistadistancia.framer.website/

Cuento, Poesía, Crítica Literaria, Investigación, Microcuento



Ojuelos de Jalisco, Entrega de Otoño No. 6 México / 2026

Distancia

La primer revista literaria Ojuelense
Entrega de otoño 2026



Dirección

Daniel Sánchez Hernández

Consejo editorial

Miguel Ángel Rivera Barrera

Daniel Sánchez Hernández

Jesús Alfonso Martínez Almaguer

Diseño

Juan Carlos Soto

Miguel Ángel Rivera Barrera

Ilustración de Portada

El Bosco. (ca. 1490-1500). *La muerte de un avaro* [Pintura]. Galería Nacional de Arte, Washington, D. C., Estados Unidos.

Existen voces que no siempre son escuchadas, Distancia ofrece un espacio, una rendija a todo lo establecido

Una introducción a la revista de esta edición.

Un sueño, es quizá la forma perfecta para describir esta edición. **Distancia** ha crecido de forma superlativa en poco tiempo, hace un año a penas llegábamos a unos pocos estados de la república mexicana, hoy estamos rompiendo las barreras entre países y hasta continentes. Los que piensan que **Distancia** nace desde el privilegio de personas que se pueden dedicar de lleno a la literatura y tener una ganancia, quizá jamás entiendan lo que es hacer las cosas por amor. No tener ingresos por hacer este trabajo, es quizá la prueba del compromiso por artistas e investigadores por promover la cultura. Todos, quienes formamos **Distancia**, somos personas capacitadas, doctores en sus ramas o especialistas en sus estudios, a eso se debe la calidad de cada número.

Dentro de la iniciativa de seguir avanzando como un proyecto independiente, la mejora continua es parte de los próximos pasos para **Distancia**, es por ello que pronto presentaremos un primer libro, editado y dirigido por sus servidores, algo que nos llena de emoción, ya que esto, pronto abrirá un espacio para la edición profesional de contenidos largos de un autor. En diciembre estrenáremos “Cuentos a **Distancia**” una propuesta que busca las mejores historias, de los mejores escritores.

La literatura sigue viva en espacios como estos, gratuitos y libres del lucro. **Distancia** permanecerá mientras exista un lector o un escritor que nos dedique unos minutos de su tiempo, eso es lo que nos motiva, lo que impulsa los talleres y sobre todo a las personas que son parte de la edición, el contenido digital y la dirección.

Disfruten su edición

Daniel Sánchez Hernández

1.- ENTRE LA HISTORIA Y LA LEYENDA: LA PUERTA DEL SOL DE OJUELOS DE JALISCO.

Sergio Salazar Delgadillo

8.- LA RUBIA DE KENNEDY

Munir Eluti Cueto

11.- LA SOMBRA DEL PRIOR

Miguel Espenaes

18.- LA CIUDAD DE LAS GOTAS

Jesús Alfonso Almaguer

22.- DESDE LA MIRA

Juxx

24.- CEMPASÚCHIL HASTA LA PUERTA

Armín Duran

29.- LA PUERTA DEL PLACARD

Eva Bitt

33.- EL ARTISTA DE LA MORGUE

Dolores Fernández

36.- EL CRUCE DEL PORTAL

Néstor Rubén Giménez

40.- ITALO SAMANOE

Heriberto Rios

43.- RUIDOS MOLESTOS

Emanuel Elías Sánchez

47.- PENUMBRA

Margarita Isamat

51.- EL ALIENTO

John Tapia

53.- LA CRIPTA

Eliana Giseñe Gorosito

54.- LA VISIBILIDAD QUE NADIE PIDIO

Adán Delgadillo Trinidad

57.- UNA MIRADA FILOSÓFICA
A LA SANTIDAD EN EL SER HUMANO

Edgar Contreras

***60.*- LA FRACTURA EN LA CALZADA**

Felipe Urrutia

Crónica

Sergio Salazar Delgadillo

ENTRE LA HISTORIA Y LA LEYENDA: LA PUERTA DEL SOL DE OJUELOS DE JALISCO.

La historia de los pueblos no solo se encuentra en archivos parroquiales o documentos oficiales; también habita en sus casas antiguas, en los muros que resisten el paso del tiempo y en las voces que transmiten recuerdos de generación en generación. En el caso de Ojuelos de Jalisco, uno de esos espacios emblemáticos es **La Puerta del Sol**, inmueble cuya existencia atraviesa más de siglo y medio de transformaciones sociales, económicas y políticas.

Doña Eulalia Martín del Campo y el origen comercial de La Puerta del Sol.



Eulalia Martín del Campo

Daguerrotipo de finales de 1890.

En la comunidad de El Sitio, perteneciente al municipio de Pinos, Zacatecas, nació entre los años de 1815 y 1820 **Doña Eulalia Martín del Campo**, mujer cuya determinación marcaría un capítulo singular en la historia comercial de Ojuelos.

Desde su juventud manifestó la intención de abandonar su terruño para dedicarse al comercio, actividad poco común para una mujer de su tiempo, pero no imposible en regiones donde la economía rural exigía temple y visión. Hacia el año de 1835, contando aproximadamente con diecisiete años, arribó a Ojuelos acompañada de una de sus hermanas. El poblado, por entonces, giraba económicamente en torno a la

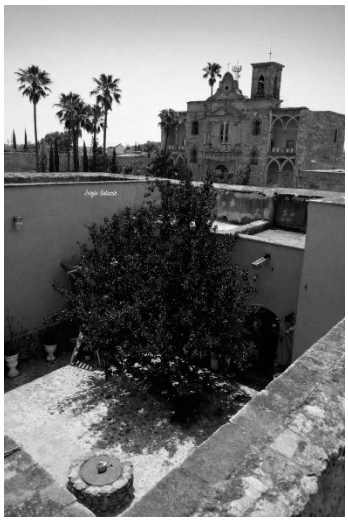
Hacienda de los Rincón Gallardo, principal fuente de empleo y eje productivo de la región.

A su llegada, Doña Eulalia adquirió un terreno en una zona estratégica del poblado, cercano al camino que años después conduciría al Santuario de Nuestra Señora del Refugio. En ese sitio decidió edificar su casa, y al mismo tiempo, sentar las bases de lo que sería su sustento: una tienda de abarrotes.

La construcción de la finca tomó varios años, debido a sus amplias dimensiones, acordes con las grandes casonas de la época. Una vez concluida, hacia mediados del siglo XIX —probablemente entre 1845 y 1850— abrió formalmente las puertas de su establecimiento, al que denominó **La Puerta del Sol**.

El origen del nombre.

El nombre no fue fortuito. La orientación arquitectónica del inmueble permite que, en distintas estaciones del año, los primeros rayos del sol atraviesen cuatro de sus puertas: dos con frente a la actual calle A. Iturbide, una hacia la calle Jesús Ibarra y otra que comunica con el patio central. El fenómeno ocurre siempre al amanecer, dotando al interior de una iluminación natural que debió resultar simbólica para su propietaria.



En contraste, al caer la tarde, los últimos rayos del sol penetran por la puerta que conduce al patio, alcanzando el mostrador de la tienda, como si el día comercial se cerrara bajo la misma luz que le dio nombre.

Patio central de la Puerta del Sol

Fotografía. Lic. Sergio Salazar Delgadillo

Los primeros productos en venta fueron artículos de primera necesidad: ollas de barro, leña y carbón, insumos indispensables en los hogares del siglo XIX y que,

significativamente, continúan comercializándose hasta nuestros días, dando continuidad a una tradición de más de siglo y medio.

La llegada de Romualdo Mascorro.

En 1879, apenas diez años después del inicio de la construcción del Santuario, nació **Romualdo Mascorro López**, personaje que años más tarde quedaría íntimamente ligado al destino de La Puerta del Sol y a importantes sucesos históricos. Hacia los quince años, en 1894 ingresó a trabajar en la tienda, auxiliando a Doña Eulalia en las labores comerciales y en el cuidado del ganado que para entonces ya se albergaba en las caballerizas del inmueble.

Con el paso del tiempo, Romualdo se convirtió en su hombre de confianza y brazo derecho. La diferencia de edades entre ambos era considerable; sin embargo, la relación laboral evolucionó hacia una alianza personal que terminaría en matrimonio cuando él rondaba los veinticinco años y Doña Eulalia, pues, se encontraba ya en edad avanzada.

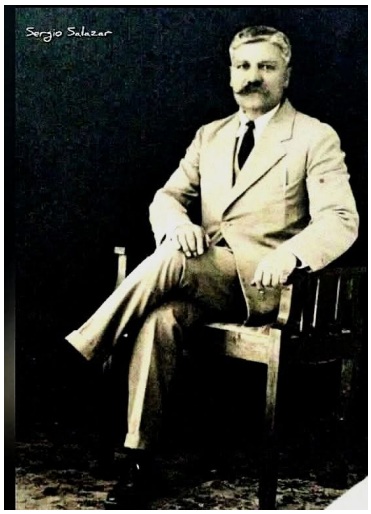
La ausencia de descendencia entre ambos no fue acto convencional, la diferencia de edades era el principal impedimento, el matrimonio representó una forma de garantizar la continuidad del patrimonio construido a lo largo de décadas. Don Romualdo fue descrito como hombre disciplinado, respetuoso y de carácter firme, cualidades que le permitieron asumir con responsabilidad el legado recibido.

El ocaso de una fundadora.

Doña Eulalia Martín del Campo falleció de causas naturales a los 93 años, alrededor del año 1908, en la misma casa que edificó y que dio sentido a su vida empresarial. Fue sepultada en el Panteón Municipal de Ojuelos, dejando tras de sí no solo una propiedad, sino una institución comercial en el corazón del pueblo.

Tras su muerte, Don Romualdo Mascorro continuó fortaleciendo La Puerta del Sol, adaptándola a los nuevos tiempos. Sin saberlo, la casa estaba por atravesar los acontecimientos convulsos del siglo XX, que marcarían una nueva etapa en su historia.

Romualdo Mascorro: continuidad, transformación y legado (1908–1957),



A la muerte de Doña Eulalia Martín del Campo, ocurrida hacia 1908, **Romualdo Mascorro López** quedó viudo alrededor de los 29 años. Había compartido con ella cerca de catorce años, desde que ingresó como ayudante en la tienda hasta convertirse en su esposo y heredero del patrimonio. Sobre sus hombros recaía ahora la responsabilidad de preservar y fortalecer el legado de La Puerta del Sol.

Don Romualdo Mascorro

Daguerrotipo, año 1914. San Luis Potosí.

De porte elegante y siempre de traje, Romualdo asumió la administración con disciplina. Llevaba anotaciones diarias del movimiento comercial y diversificó las actividades económicas. Hacia 1910 adquirió importantes extensiones de tierra dentro y en las inmediaciones de Ojuelos. Algunas las convirtió en huertas; en otras reorganizó el ganado que ya formaba parte del patrimonio familiar. También poseía parcelas en la comunidad de Matancillas y en las afueras del poblado. Los productos cosechados eran comercializados en la tienda, consolidando un modelo económico integral entre campo y comercio.

La Revolución y la pérdida de tierras.

El estallido de la Revolución Mexicana el 20 de noviembre de 1910 alteró profundamente la estabilidad económica regional. Como ocurrió con numerosos propietarios rurales, Romualdo se vio afectado por el reordenamiento agrario. Parte de sus tierras, especialmente las ubicadas en Matancillas, le fueron despojadas en el contexto de la transformación social y política del país.

A pesar de las pérdidas, la tradición local lo recuerda como un hombre justo con sus trabajadores, respetuoso y de trato digno. Logró conservar algunas propiedades, entre

ellas terrenos cercanos al Puente de la Plata, que posteriormente pasarían a manos de otras familias del municipio.

Fue invitado por decenas de personas del pueblo en innumerables ocasiones para ser Presidente Municipal de Ojuelos, pero nunca aceptó, creía que los problemas sociales de la revolución mexicana impedirían una correcta función del cargo, por lo que apoyó a su hermano Don Nicolás Mascorro para llevar las riendas del Municipio, él fue Presidente de Ojuelos en 1921.

La Guerra Cristera y el apoyo a la vida religiosa.

El periodo más delicado en la vida pública de Romualdo ocurrió durante la Guerra Cristera (1926–1929). Su estrecha relación con diversos sacerdotes —reforzada por el número considerable de ahijados que tuvo— convirtió a La Puerta del Sol en un espacio de resguardo espiritual.

Durante ese tiempo, en la habitación más amplia de la finca se celebraron misas de manera discreta. Feligreses de Ojuelos y de comunidades cercanas acudían con cautela para participar en las homilías. Algunos presbíteros pernoctaron en la casa ante el riesgo de persecución. Este periodo enlaza directamente con los testimonios sobre el uso de túneles y accesos subterráneos, integrando a La Puerta del Sol dentro del entramado de protección clandestina que caracterizó aquellos años.

Por más de dos años, Romualdo brindó apoyo constante a la comunidad religiosa local, consolidando una dimensión social y espiritual que trascendía la mera actividad comercial.

La Puerta del Sol y las monjas que sucumbieron en la Guerra Cristera.

En agosto de 2015, quien suscribe la presente crónica recibió una llamada de la Hermana Rita Echeverría, ella fue Madre Superiora en el Colegio Miguel Hidalgo durante tres años, cuando cursaba mis estudios de primaria, Rita me solicitó una

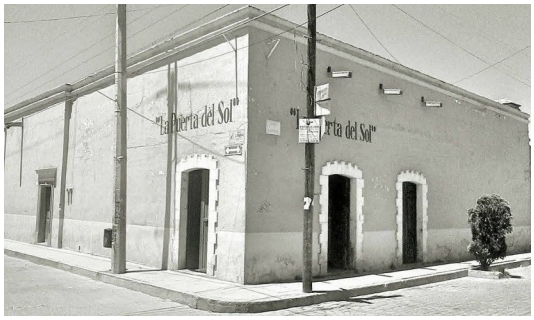
reunión para compartir un testimonio que, según sus palabras, no debía permanecer en el olvido, ya que tenía su tiempo contado, padecía cáncer y estaba desahuciada.

La Hermana Rita había llegado por primera vez a Ojuelos en la década de 1970. Inicialmente como visitante y posteriormente como docente en el Colegio Miguel Hidalgo. Durante su estancia en el municipio entabló amistad con una religiosa de edad avanzada, quien afirmaba haber sobrevivido a los acontecimientos violentos de la Guerra Cristera en 1927.

Según la narración transmitida a la Hermana Rita, y posteriormente compartida a quien esto escribe, los hechos ocurrieron poco tiempo después de iniciado el conflicto armado. Un grupo de personas acudió a la casa de las religiosas para advertirles que un contingente cristero se aproximaba con la intención de aprehenderlas.

El cuidador del Colegio, consciente del peligro inminente, condujo a las monjas hacia uno de los cuartos del llamado "patio chico". Ahí levantó unas losas del suelo y les indicó descender a un escondrijo subterráneo. Minutos después, el grupo armado irrumpió en el inmueble, derribó puertas y agredió físicamente al velador, quien, pese a la golpiza, nunca reveló el paradero de las religiosas.

En el testimonio señala que las monjas permanecieron ocultas durante muchos días —posiblemente meses— en un túnel. El encierro, la escasez de aire y alimento provocaron que varias de ellas fallecieran, presumiblemente por asfixia y hambre. La religiosa que compartió el relato afirmó haber sido una de las sobrevivientes.



Puerta del sol, año 2015.

Debido a que el Colegio se encontraba vigilado, el velador no podía ingresar por la vía habitual para auxiliarlas. Buscó una alternativa: acceder por un túnel conectado con la finca conocida como **La Puerta del Sol**.

Don Romualdo Mascorro, propietario del inmueble en aquella época. De acuerdo con la versión transmitida, Don Romualdo habría permitido el acceso a través de su propiedad, facilitando el tránsito subterráneo y colaborando discretamente para que las religiosas recibieran alimento y agua. Asimismo, mencionó la hermana sobreviviente a la Madre Rita, que en los patios de la casona la Puerta del Sol pudieron celebrarse, de manera clandestina, actos litúrgicos durante el periodo de persecución religiosa mientras el Colegio estaba rodeado de federales que perseguían a las monjas, que, en palabras de la sobreviviente, varios de esos cuerpos quedaron sepultados bajo la escuela primaria.

La Hermana Rita manifestó que su intención al compartir esta historia era rendir homenaje a las religiosas que no sobrevivieron al encierro. Poco tiempo después de narrar estos hechos, falleció a causa de cáncer.

En 2016, durante conversaciones sostenidas con los actuales propietarios de La Puerta del Sol, **Mercedes Vega y Elías Guardado**, surgió nuevamente esta misma versión histórica. Ambos refirieron haber escuchado de Carmelita Ortíz, que Don Romualdo permitió el acceso a los túneles desde su propiedad para apoyar a las monjas refugiadas.

Lic. Sergio Salazar Delgadillo. Cronista de Ojuelos de Jalisco.

Munir Eluti Cueto

LA RUBIA DE KENNEDY

Si vas por Avenida Kennedy y ves una rubia de abrigo de piel blanco haciendo dedo, no la lleves. De lo contrario, la señorita se pondrá a gritar y llorar antes de desaparecer fantasmagóricamente de tu auto. Este caso explotó y se hizo popular en 1979 con decenas de denuncias en la comisaría de Las Tranqueras. Un año antes, una chica había muerto tras una cena con su pareja, en un accidente automovilístico en dicho sector, en las esquinas de Avenida Kennedy y Gerónimo de Alderete ¿Coincidencia o no?. El diario "La Segunda" afirmó que un familiar de la víctima, había llamado para ratificar el hecho: La mujer era Marta Infante que trabajaba en la Corporación de la Madera, y murió el 8 de agosto de 1978.

Una de las versiones de la leyenda de "La Rubia de Kennedy", del folclor chileno urbano contemporáneo.

Corría el año 1979, en Santiago de Chile y Verónica, como cual fantasma metafísico, se aparecía por la autopista en las noches dejando a los automovilistas atónitos por su brillante y pálida hermosura. Vestida con su largo abrigo de piel y vestido blancos, que la hacía parecer una novia errante, y perdida en el tiempo y el espacio, con su delicioso perfume importado; además de ese gran orgullo que tenía, propio de la sangre alemana que corría por sus venas. Se le podía observar haciéndole dedo a los conductores para que la llevaran en sus coches, el destino, la avenida Kennedy, entre Américo Vespucio y Gerónimo de Alderete. Dicho acontecimiento no era inadvertido, porque salía todo el tiempo en los periódicos nacionales que circulaban en Santiago. Este hecho hubiera pasado sin pena ni gloria, lo que lo hacía extraordinario era cuando Verónica abordaba un vehículo, le decía a su chofer, -despacio, no tan rápido-, para luego, desaparecer por el aire. Habían choferes, entre ellos taxistas que le relataban a los periodistas dichos

encuentros nocturnos con tan misteriosa dama. Debido a la ubicación local en donde se aparecía, los diarios la apodaron: *La rubia de Kennedy*. A muchos conductores también les ocurría el mismo hecho, se deslumbraban con su hermosura, pero al tiempo después que ella se subía a sus vehículos, desaparecía en el aire, dejando una gran estela de su delicado perfume, y una gran luminosidad de bellísimas luces de colores. En algunas ocasiones los conductores, no recordaban qué había ocurrido en realidad, hasta tiempo después cuando les venía un vago recuerdo a la mente, al pasar nuevamente por dicha avenida. Todos concordaban en la misma versión: que en el luminoso aro iris nocturno por el cual transitan los automovilistas había un mágico ser encantado, que era una belleza de otro país por sus rasgos germánicos, luego desaparecía en el aire una vez que estaban en el interior de los vehículos. Algunos decían que con su infinito encanto, se habrían podido enamorar de ella. Y había un conductor, que camino a su trabajo siempre pasaba por dicha avenida.

El caso Francisco

Francisco era un banquero con descendencia alemana; un hombre joven de 27 años, formal, sus compañeros de trabajo le comentaban este hecho, pero él, ateo, no creía en nada más allá de lo que era tangible. Empezó a familiarizarse con las apariciones de la rubia de Kennedy porque en la oficina de su despacho empezaron a llegar los periódicos con los titulares de tan impactante noticia. De modo que Francisco, ya más reflexivo empezó a interesarse más en el tema, lo que más le llamó la atención fue que los avistamientos sucedían por las calles en donde él pasaba con su vehículo Chevrolet Opala rojo año 1979 todos los días. Claro que la hora exacta de dichas apariciones de la rubia de Kennedy no aparecían en los diarios. Lo que sí era una certeza, y ningún conductor ponía en duda eran sus apariciones nocturnas. La obsesión de Francisco se desató al descubrir los rasgos de la mujer, pues se asemejaban a una chica alemana. Francisco acudió donde su tío Sergio, que era profesor de antropología en la universidad de Santiago, para consultarle sobre este fenómeno. Este le cuenta que hace 200 años había una princesa alemana de nombre Verónica no mayor a 25 años de edad; que según no pudo consumar su amor con su novio, él también era alemán. Francisco

se estremeció al escuchar la edad del novio, y recordó también su descendencia, luego se tranquilizó pensando en todos los hombres que tienen su edad. Luego, Sergio narra que aquel novio al no poder estar con su amor decide suicidarse; y ante ese hecho la princesa desafió a la muerte para luego ser rechazada; y se cuenta que desde ese entonces, la princesa vaga por la tierra buscando su amor. Sergio, desconocía que la princesa alemana también era una bruja centenaria. Como era de esperarse una noche que Francisco regresaba de su trabajo, se le apareció la rubia de Kennedy. no dudó ni un instante en detener su Chevrolet. El ritual fue exactamente igual al mencionado en periódicos, al momento de estar cerca de la parada que le había hecho la dama, se da cuenta que Verónica no estaba en su auto, entonces Francisco se detuvo, inspeccionó su vehículo y lo único que pudo encontrar, fue el aroma de su perfume tan delicioso, esparcido por el interior del su auto. Al otro día en su trabajo compró los diarios pero vio que no salió ninguna noticia sobre las apariciones de la rubia de Kennedy, Pasaron de este hecho alrededor de una semana y a Francisco ya se le había olvidado, sin embargo tenía ese sentimiento de no poder recordar algo que con certeza sabía que había ocurrido. Para salir de su duda, Francisco decide volver al mismo lugar y lo que comenzó como un experimento sobre las apariciones es de un espectro, de pronto se convertían en encuentros que el mismo buscaba. La última vez que Francisco vio a Verónica, el recordaba todo lo que había sucedido la noche anterior, su auto, aquel cabello rubio, la tez blanca de Verónica y aquel perfume. Verónica no se volvió a ver en el lugar de siempre, Fransisco que parecía estar enamorado de un fantasmas, sufrió las secuelas que solo el amor es capaz de dejar. Desde entonces en Santiago de Chile, se ve a un conductor errabundo, que maneja un Chevrolet Opala rojo por la avenida Kennedy, entre Américo Vespucio y Gerónimo de Alderete; pasa todas las noches esperando encontrar a una señorita que lleva vestido y abrigo blancos, es rubia, y tiene rasgos de princesa alemana.

Miguel Espenaes

LA SOMBRA DEL PRIOR

Fijemos la vista en el busto que recientemente adosa el patio de la capilla del monasterio de Germania, cuya fachada dicen unos, es similar al castillo de Bellucci; dicha efigie conmemora la memoria y estima del que fuera el prior Joan Feroce. Quién era el hombre puede responderse de dos maneras, la una está ya dicha por la crónica oficial de la diócesis, cuyo epígrafe bien resume, y por las mentiras de su piadosa y santa actitud, que aquí no conviene repetir; la otra versión, la que atiende a la verdad, es tiempo de compartirla para gusto de los lectores.

Seré directo, Joan Feroce era un completo espíritu invertido, y no del modo que el sentido común del vulgo pronto deduce, con eso me refiero a que era más enorme el abismo de su perversidad, que la apariencia de su alcurnia. Como otros de su clase, su posición eclesiástica era un tropiezo para los necesitados, los justos y los fieles de pecho, a quienes tenía en la misma estima que a los cerdos del estercolero; mientras los asesinos, los lujuriosos y los ladrones que como él vestían el ropaje de la curia, merecían el más distinguido trato, y recibían el agasajo de los lujos en las extensiones de su hacienda; sus fiestas eran un secreto a voces, donde las canalladas se expresaban sobre vajillas con bordes de oro, al pie del enorme Rembrandt traído (o robado) desde Holanda, de cuya posesión de jactaba el prior para intimidar a otros truhanes, que no podían hurtar más que bienes menores.

Se dice que el abuso solo espera la oportunidad, y en cada eslabón ganado en la escalera política y social de Germania, la casa de Feroce multiplicaba su influencia, que demostraba con nuevas formas de vejación en sus subordinados; primero fue la humillación de los vasallos, luego el robo de los diezmos y la incautación de bienes. Con la ola creciente del cientificismo, el pánico hacia los herejes se convirtió en el tema del día, y en esto vio el prior la excusa perfecta para acrecentar su riqueza, pues pronto hubo

motivos para tomar las tierras, ganados, edificios y hasta las mujeres de quien le apeteciera, sin importar las adhesiones a su culto.

Joaquín de Malart se estableció por estos tiempos en el pueblo de Germania, en su costado izquierdo cargaba una escueta bolsa de oros que había ganado por las armas, y a su derecha abrazaba a una preciosa muchacha morena que había ganado con la osadía de su buen porte. El hombre pretendía comenzar por establecer el nicho donde se sostendría su vida marital, antes que comenzar por las nupcias. Acabado lo primero, más pronto que tarde llegó la pareja a la oficina del prior, donde la muchacha Pitaya de Malart, solo su nombre de pila queda como signo de su humilde origen, entró por los ojos de Joan Feroce, como entra la ira en el cuerpo después de recibido el golpe.

Con el motivo de las fiestas en honor al día de todos los santos, convenció el prior al joven de Malart de posponer sus nupcias, dando como excusa que el tiempo cayera en fecha menos lúgubre.

-Ya le digo, no hay mejor tiempo para el amor que el puente entre el invierno y primavera - argüía el libertino con su labia entrenada - si ya ha esperado un tiempo para poner en orden su nueva casa, esperar a que la temporada finalice será una nadería.

Por tradición además, los habitantes del pueblo colocaban al principio de la procesión del silencio, cada primero de noviembre, una comitiva de doncellas puras. Con esta fecha próxima, y este otro dato por excusa, se convence a la muchacha de participar en el evento, y Joaquín animado por la celebración, espera también ver en hermosas galas a su futura esposa.

El antiguo salón que se erigía al costado del patio del monasterio, era el sitio donde los ensayos de las doncellas se preparaban, por lo que era común para fechas de octubre que un desfile de jóvenes entrase y saliera de sus puertas cada día. Además de las disposiciones, vestimentas y danzas en que se les enseñaba a las vírgenes, también se les instruía en la transición simbólica del ritual, de la inocencia a la vida en familia. Era común también que, aprovechando su condición de prior, y aquel edificio estaba en el acta de

tesados a su nombre, Joan Feroce se paseara por las inmediaciones, a veces desde el incógnito, para fisgonear a su gusto la siluetas y movimientos de aquella corte de gracias.

El "ilustrísimo" se hallaba presa del eros, la fiebre le impedía descansar, el pecho menudo de Pitaya, sus caderas bien colocadas y el brillo de su piel canela, ocupaban todo su pensamiento. Sobrado andaba de ganas por declarar sus intenciones, pero la procesión del silencio era el único acontecimiento al que honraba con respeto, pero esto no seguía a una inspiración beata y santa, sino porque era al final de dicha procesión cuando se entregaba al cortejo y seducción de las jóvenes a sus anchas.

Las fiestas llegan, en las calles y por todas las aristas canta, ríe y grita el vulgo la alegría y comunión que son posibles esa noche. En las plazas y en los jardines suena la música tradicional, los hombres visten espuelas y amplios sombreros, mientras las mujeres ondean coloridas faldas, y adornan con flores sus cabezas bien peinadas. En la cercanía del crepúsculo se forman alrededor de la calzada principal, que sale de la puerta del pueblo hasta palacio de justicia, dos hileras de cuerpos, entonces las voces bajan su volumen y el silencio deja oír el crepitar de las velas.

Como la creciente de un río angelical, llega la punta de aquella procesión silenciosa, que exhibe las fisonomías más hermosas que da la sangre de aquel pueblo. Docenas de jóvenes, danzando a pies descalzos, y en ligeras togas de tonos celestes, imitan el paso del viento; se entrelazan sus cabellos sueltos con el aire, resplandecen sus rostros a la luz de las farolas. Representan ellas el núcleo prístino de las almas, y la pureza que se esconde bajo la corteza de la carne, la finalidad última de nuestra estirpe; pero no hay quien al verlas piense en estas verdades teológicas, es su belleza un ancla que sujeta las miradas de todos como la gravedad al presente.

Desde su balcón en el edificio del priorato, Joan Feroce apura esas imágenes como quien deseoso de escapar del mundo apura la botella. *Es en la multiplicidad de las bellezas, donde brota el ser inmortal del amor*, se recuerda de una de sus poesías libertinas.

Pitaya es el brote entre las semillas, las otras aunque hermosas pertenecen a estímulos ya conocidos; la muchacha es un fruto exótico que no ha probado todavía.

La procesión termina y la fiesta toma la magnitud del pueblo. Joan, en traje de civil, se deja camuflar entre la algarabía. Las gracias vuelven al poco rato a compartir el festejo, a unirse a los hombres que ya desean llevarlas al baile. Poco tiempo pasa para que Joan localice aquella que desea, y como una sucesión onírica, de pronto ya se halla la chica entre sus brazos, al paso del son que tocan los músicos.

-Tengo por costumbre - menciona el prior a la muchacha - colmar de regalos y favores a una de las gracias cada año. En mi despacho aquí a la vuelta, habrá cuanto puedas pedir para un futuro acomodado. Conexiones, oros, galas, tierras y la talonera de los cheques, todo estará a tu alcance esta única noche. Pero debe guardar el secreto, pues las otras gracias se pondrán celosas, y su prometido daría por pensar un sinnúmero de bajezas.

- ¡Ay Dios mío! - se detiene la muchacha sorprendida.

- ¿Qué quiere usted? No responda ahora, pero debe decidirse hasta antes de las doce. Luego de esa hora abandonaré mi despacho, pues por rigor, el día de los santos y la celebración habrán terminado, y no será hasta el próximo año que este mismo ofrecimiento se haga a otra.

La muchacha se queda atolondrada, como el ave que se estrella en el cristal. Luego Joaquín se acerca a su prometida al verla vacilar, pero ella nada comenta de lo que se le ha prometido.

La noche sigue, entre los cotilleos y las copas piensa ella en las alhajas que habrá de pedir, en las propiedades y los lujos que podrá darse. De su silencio pende su futura estabilidad, por lo que en lugar de entregarse a la risa y la borrachera como sus nuevas amistades, finge una locura que le permita mantener el temple.

Dan las once y ella se encamina a la oficina del prior, donde encuentra la puerta entronizada, y fácilmente puede ella cerrarla a sus espaldas.

- ¿Pitaya? ¿Es usted muchacha? - se escucha una voz hablarle desde el piso superior.

-Sí señor - responde ella - sola como ha pedido.

- ¡Ah qué encanto! ¡Suba por favor! Es la puerta al final del pasillo.

Pitaya sube a paso decidido, mentalizada a terminar el asunto de inmediato, pero se detiene en el rellano del aposento, del que siente brotar una humedad caliente. La sangre le corre como corceles desbocados, se desliza al interior y dando apenas dos pasos escucha el golpe seco de la puerta que se cierra a sus espaldas.

-Espero sea usted una mujer que sabe guardar secretos. Por mi parte soy un hombre que sabe lo que quiere, y le he dado tiempo suficiente para pensar su recompensa - sentencia Joan Feroce mientras deja resbalar su bata, mostrando la flacidez de su cuerpo desnudo.

- ¡Ahhh no es posible! - grita la muchacha al descubrir la trampa, intentando escapar al otro lado de la estancia.

Joan, preparado para cada eventualidad logra someterla y reducirla sobre el suelo al cerrarle las vías de escape.

-No tiene que ser de este modo Pitaya, piensa en lo mucho que recibirás si abres gustosa tus encantos - el viejo no termina de hablar, la chica se logra zafar y el prior recibe una patada que lo manda de nalgas al suelo. Un picor electrizante le recorre los nervios, la sangre le corre por la boca, y atolondrado mira a la muchacha que aprovechando su confusión, logra esquivarlo en dirección a la puerta.

- ¡Ayuda! - grita la muchacha, pero la algarabía de afuera enmudece su angustia, como una burbuja sumergida en el agua.

Joan, que no puede permitirse un desliz público de aquellos, ya tiene en su poder el instrumento que va a librarlo de ese inconveniente.

Pitaya corre escaleras abajo y antes de alcanzar los últimos eslabones siente una mordedura gigante destrozarle la espina. Una corriente de fuerza la impulsa hacia adelante y luego una cortina caliente y viciosa le cubre la retaguardia. Su mirada queda hipnotizada en el adoquín que adorna el suelo; en esa visión aturdida y borrosa se separa su alma de la masa inerte que es ya su cuerpo.

Joaquín va de un lado a otro preguntando por su prometida, la curiosidad inicial lentamente se convierte en ansiedad, pregunta por razones a los cuatro puntos cardinales de la plaza, pero esta se halla atiborrada de gente borracha y griterío. Entonces alguien comenta que vio a una de las gracias entrar en el edificio del prior y Joaquín no pierde tiempo en buscarlo. Adentro solo hay oscuridad, silencio y un aroma metálico. Una forma borrosa, parecida al prior, ensombrece un pedazo de pared.

El resto de la noche le pasa como una lenta condena, nadie ha visto a Pitaya y desde varias horas nadie ha reparado en su falta.

Los días siguientes Germania ha perdido todo el encanto que antes le hubiera Joaquín encontrado. Las edificaciones las mira como lápidas prestas a caerle encima, donde pregunte no haya más que muecas de desconcierto e ignorancia. Pasa por la estación de policía, de trenes, por el correo y hasta con el boticario, no deja piedra sin levantar. Entonces recuerda como la noche de su desaparición vio a Pitaya conversar y bailar un rato con el prior, y bien se formó ese recuerdo en su pensamiento se dirige hasta la oficina de aquel.

- ¿Será posible? - alega Feroce con cara compungida - ¡Dios mío! ¡Pitaya! Tan dulce muchacha. Seguro que quien le dijo que había una mujer en mi despacho aquella noche se equivoca. ¡En noche de juerga no hay quien atine a decir lo correcto! Sobrado de excusas está lo de la puerta, eso es lo de menos, no hay tiempo que perder. Debemos movilizar a los agentes policiales por los caminos. Se lo aseguro Joaquín, nada sé respecto a su paradero, pero sepa que tengo a mi disposición los medios para agilizar su búsqueda, y que no escatimaré en lo necesario para encontrarla.

Joaquín nada pudo hacer, la búsqueda se fue revelando más inútil con el pasar del tiempo, y como las semanas dieron paso a los años, no encontró mejor camino que canalizar su impotencia hacia el interior de la iglesia y la comunión con sus hermanos en el celibato. Así estuvo el hombre purgando sus tristezas entre los rezos y los votos del claustro.

Entrado el Prior en sus últimos años, fue víctima de una histeria incontrolable, que mezclaba anécdotas pasadas con imaginaciones del fuego eterno. Fue a través de estos delirios que comenzó a saberse de sus excesos y atropellos. Poco a poco, algunos de sus extravíos dieron con acontecimientos reales, y la curia comenzó a prestarle atención a todo lo que este hombre agonizante decía. De una forma u otra, terminó por descubrirse una fosa entronizada tras algunos armarios de su despacho, donde se guardaban varios objetos de notable origen femenino; pero el descubrimiento más acongojador fue el esqueleto pequeño y amontonado en una urna, de cuya identidad nadie supo dar seña.

Joaquín como muchos otros monjes se enteró de aquello, y la sospecha de años atrás volvió a despertar, intentó hacer más profundas inquisiciones, pero el asunto estuvo rodeado por el sincretismo absoluto gracias a la influencia de la curia, y se pretendió tapar el escándalo con un busto de piedra al pie de la capilla.

Más allá de los cuchicheos, Joaquín nada pudo averiguar sobre los objetos y los restos encontrados. Incluso de verlos, los tribunales eclesiásticos nunca le darían la razón, ni tenía ya forma de vengarse; Joan Feroce moría al poco tiempo de saberse esto; aquella misteriosa sombra del prior, su misterio, es el cáncer que consume a Joaquín cada primero de noviembre.

Jesús Alfonso Almaguer

LA CIUDAD DE LAS GOTAS

Escondido entre las montañas, dentro de un espeso valle lleno de agua, árboles frondosos y una floreciente vida, se encontraba un secreto. Situada en lo más alto de las colinas, allá en donde nadie fácilmente podría llegar, ni mucho menos hacerlo solo, yacía una academia. No era un lugar simple o sencillo; era un edificio inmenso en color plata, tan alto que, si uno se ponía abajo de él, al levantar la vista para observarlo desde el suelo, era prácticamente imposible ver su final. Su estructura metálica, contrastaba con el paisaje verde de las montañas y con los rayos de luz; brillaba intensamente, calentando el aire a su alrededor.

El sitio estaba vigilado día y noche, a simple vista por guardias fuertemente armados; para aquellos más audaces era evidente que lo que guardaba en su interior no era una simple escuela. Los que la conocían la llamaban la ciudad de las gotas, una compleja red de edificios y estructuras de ingeniería hidráulica, compuesta por plantas tratadoras, potabilizadoras, represas, estructuras de drenaje y saneamiento, que se conectaba directamente con el agua del valle, la misma que nacía entre las montañas. Aquel líquido abastecía a diferentes pueblos y localidades de alrededor.

El agua de aquel sitio era tan importante que existían leyendas acerca de dioses y guardianes que se bañaban en esa agua tan pura, cristalina, y de cómo no había un lugar más verde ni con tanta agua en toda la tierra. La ciudad de las gotas, aun así, era prácticamente desconocida; su existencia y ubicación eran solo conocidas por sus habitantes y por unos cuantos funcionarios del gobierno. Para la mayoría de las personas, la ciudad de las gotas eran solo estructuras; muy pocos sabían de la existencia de una academia de alto rendimiento dentro del complejo industrial.

Aquella academia albergaba secretos inimaginables entre sus muros. Sus habitantes, en su mayoría cadetes jóvenes, eran adolescentes que habían sido raptados de sus localidades.

Provenían de poblados lejanos, pobres. Si algo compartían todos ellos, además de sus poderes, era la pobreza. Visible en sus rostros, sus cuerpos delgados, descuidados, con signos de desnutrición. Su mirada vacía, carente de esperanzas, resignada a pasar el resto de su vida ahí. Para el resto, un grupo pequeño de afortunados había sido elegido de las mejores familias del país, con la excusa de que se formarían en el mejor instituto de la nación. Una escuela privada que servía de fachada, y que estaba a 20 minutos de ahí, a las afueras de la capital.

Todos, libres o esclavos, entrenaban fuertemente para ser parte del grupo de élite que vigilaba la capital del país. Además de servir de espías para el gobierno, los agentes eran parte importante del control y el orden; pese a eso, casi nadie sabía quiénes eran ni lo que hacían... Nadie podría decir su origen, ni el objetivo de sus estudios; aquello debía mantenerse en secreto como lo había sido ya por más de 200 años. Los que intentaban revelar los orígenes o algo acerca de lo que pasaba en la academia eran sutilmente asesinados. Los jóvenes seleccionados pertenecían a un limitado grupo de la población capaz de manipular el agua, en especial el agua de lluvia.

Las leyendas de la zona hablaban de un dios hombre, un ciudadano antiguo que vivió ahí hacía varios siglos, mucho antes de la llegada de los españoles. Ese hombre, contaba la gente que era capaz de hacer llover a voluntad, además de mover el agua con su energía. Aquel mito era en realidad el primer humano que reportó la habilidad de la hidroquinesis. Su nombre era Itxuman, un indígena que, según sus propias palabras, les pidió a los dioses durante una terrible sequía agua para su pueblo; los dioses, al ver su fe y buena voluntad, le otorgaron el poder de manipular el agua. Iniciando con las gotas de lluvia, siendo este aspecto lo primero que se enseña a manipular en la academia, las gotas de lluvia. De ahí el nombre de la ciudad de gotas; por dentro del edificio existen suspendidas en el espacio, millones de gotas de agua, inmóviles congeladas en el tiempo y el espacio, cada una tan idéntica como las demás, pero única en su sitio. Tras varios años de investigación científica, hoy se sabe que no fue el don de los dioses lo que desarrolla el control sobre el agua, sino una mutación genética y ambiental que permite influir en los estados del agua.

Esta mutación está presente, por lo que se sabe, únicamente en el país y solo menos del 0.003% de la población la presenta. Aun así, pese a tener la habilidad para poder manipular el agua, es prácticamente imposible hacerlo sin el entrenamiento adecuado, por lo que al nacer el gobierno registra en los embarazos si hay presencia de esta mutación. Para hacerlo han desarrollado un dispositivo capaz de detectar variaciones en el flujo sanguíneo, los hidoquinesios desde el nacimiento presentan alteraciones en el ritmo sanguíneo. Aquellos registros son almacenados en una base de datos. Cada 5 años se les da seguimiento a los niños, ya que temas como la alimentación, los hábitos y la exposición a sustancias químicas pueden inhibir esta mutación. Para aquellos que sobreviven intactos con su don pese a las condiciones del clima, conforme crecen, experimentan sudores excesivos o nulos, una habilidad para predecir cuándo lloverá y un gusto por mojarse.

Finalmente, cuando entran a la pubertad, el gobierno y sus espías, los agentes de la ciudad de gotas, bajan de la montaña y, como antes les pasó a ellos, en un bucle sin fin, en un día lluvioso, los nuevos cadetes… son secuestrados. Así ha sido por 200 años. Hoy es el día; Juan, José, Iván y Jair serán secuestrados. Todos tienen 12 años, recién cumplidos, y viven curiosamente en la misma ciudad. Después de clases comenzará a llover; será entonces que los agentes Joaquín, Gustavo y Ana Luisa, de 17 años, se lleven a los muchachos. El proceso es el siguiente: vestidos de azul marino de los pies a la cabeza, con solo un espacio libre de tela a la altura de los ojos, por el cual ven. Los chicos invocarán la lluvia y, entre las gotas, podrán moverse sin ser vistos. Sus habilidades les permiten trasladarse rápidamente entre los sitios siempre y cuando haya agua. Una vez en el sitio, atraerán a los niños al agua, ahí en la calle, delante de todo el mundo, simplemente los levantan, usando helicópteros que están camuflajeados entre las nubes y la tormenta, con cables sujetados a sus cuerpos, teniendo al niño; estos son rápidamente levantados del piso. La operación es tan rápida, tan precisa que nadie nota cuando llegan, ni mucho menos cuando ya se han ido.

En los pueblos pobres del país solo hay fichas de búsqueda que estampan los postes, las paredes de las calles, rostros de gente que nadie más que sus familiares buscan. Una realidad hiriente y fácil de ignorar. La lista de desaparecidos crece cada año, como si la

tierra reclamara sus cuerpos, en cada temporal de lluvia, lo único que deja el agua tras su paso son desaparecidos. El gobierno no los busca, ellos saben dónde están, ahí encerrados, entrenando día y noche en la ciudad de las gotas. Siendo despojados de cualquier rasgo de humanidad posible, dejando atrás su nombre, su esencia para convertirse en un arma de guerra. Soldados y prisioneros de una guerra que no eligieron, pero de la que no pueden escapar, malditos desde el nacimiento no solo por la sangre, sino por su cuna. Ese origen humilde que, como la marca de Caín, los hace visibles y vulnerables.

El frágil equilibrio entre la naturaleza y ser humano depende de unos cuantos seres capaces de manipular la lluvia, de hacer germinar plantas, generar comida y sustento para sus comunidades, pero todo eso ahora está en riesgo. Así inicia esta historia, el cuento de una academia escondida entre las montañas, de jóvenes secuestrados, de un don que se convirtió en maldición, y del agua, aquel liquido vital, que inundará en un futuro todo a su paso.

Juxx

DESDE LA MIRA

Lo había observado desde hace algunas semanas, se había acomodado como cada tarde en su sillón, está vez traía en sus manos un libro nuevo, en la portada resaltaba el nombre de su autor: Julio Cortázar. El asesino permanecía agazapado cerca de la ventana, se encontraba esperando el momento adecuado para disparar sobre su objetivo, todo estaba planeado para que al oscurecer la vida de aquel hombre, que cómodamente descansaba, se desvaneciera. Mientras tanto, vestido de jardinero, él merodeaba dicho lugar, aquella tarde no hizo sus labores normales, los árboles de la entrada no habían sido regados, los arbustos cerca de la fuente no habían sido recortados y las mangueras estaban por cualquier lugar, ese sería su último día que aparentaba trabajar para su jefe. Las horas pasaban, con cada segundo que corría, el sol se desplazaba hacia el horizonte algunos milímetros, el calor era agobiante. El asesino estaba nervioso, sus manos sudaban, tal vez el arma que llevaba consigo podría resbalar, él lo sabía, alguien de su experiencia no podía permitirse eso. Cada tanto tiempo se acercaba al gran árbol que daba a la ventana donde se encontraba su víctima, el atardecer estaba por caer, pero, aun no se despegaba de su libro, la tranquilidad de aquel hombre contrastaba con la del asesino quien permanecía en una angustia constante. Sería muy fácil para el homicida sacar su arma del bolsillo derecho, apuntar a su cabeza y acabar de una vez su proyecto de semanas, pero aquel maldito libro que sostenía le impedía ver con claridad su objetivo. De pronto, Morfeo se hizo presente, cómo si la suerte le sonriera, su víctima se había quedado dormida en el confort de su sillón.

Desenfundó raudamente, calibró su mira, relamió sus labios un par de veces, sus manos temblaban como si fuera su primera vez, el sudor que había en su cara comenzó a escurrir más y más. La luz del sol pronto se extinguiría, eso dificultaría el tiro; limpió sus manos una última vez, cerró un ojo como hacen los mercenarios en las películas de acción, apuntó en su frente, el gatillo estaba a punto de ser accionado; de pronto una sombra se vislumbró en la habitación del señor, después, una daga atravesó su cuello, el asesino observaba todo a través de su mira, el jardinero se había adelantado para acabar su trabajo.

Armín Duran

CEMPASÚCHIL HASTA LA PUERTA

Durante dieciocho años, cada 1 de noviembre, alguien dejó un pan de muerto en la puerta de Rosaura Galicia. Este año, la puerta amaneció vacía. Yelena Vorovna lo supo antes de tocar, por la voz que llevaba tres madrugadas dictándole, en un hotel de la colonia Roma, a la hora en que ella escribía a mano, un muerto no confía en el ruido de un teclado; no un lamento, una historia sin terminar.

Un horno de leña antes del alba, harina hasta los codos, una calle de Mixquic recorrida a oscuras con algo envuelto en un trapo de cuadros. Y al final, siempre la misma frase:

«No me va a dejar entrar».

Zorya se le había adelantado. La gata blanca, de un ojo dorado y otro gris ceniza, vigilaba desde el escalón un punto en el aire donde Yelena no veía a nadie. El frío que conocía mejor que su propio nombre le subió por las muñecas.

Abrió una niña de once años con un cempasúchil detrás de la oreja.

—¿Usted es la escritora? Mi mamá tiene todos sus libros. Pásele, que ya llegaron los muertos grandes.

La ofrenda ocupaba la pared entera de la sala: tres escalones cubiertos con manteles blancos. Arriba, un crucifijo y la foto de una mujer de sonrisa ancha; en medio, mole, tamales, mandarinas, pulque, calaveritas de azúcar con nombres en la frente; abajo, un vaso de agua, un platito de sal, un petate pequeño. El papel picado se movía sin que entrara aire. Un camino de pétalos corría desde la ofrenda hasta la puerta y se perdía en la calle.

—El agua es por la sed, porque vienen de muy lejos —explicó la niña, que se llamaba Itzel—. La sal los cuida en el camino. La flor huele tan fuerte que la encuentran

aunque estén ciegos, y las veladoras son para que vean. Mi abuela decía que los escalones son el cielo, la tierra y el lugar de los muertos, pero, lo más importante es la foto, sin esto no saben cuál es su casa.

—En mi aldea llevábamos pan a las tumbas y comíamos con ellos —murmuró Yelena—. Le llamamos Rádonitsa, el día de alegrarse con los muertos.

—Ah, pues es lo mismo —sentenció Itzel.

Desde hacía cinco años, Yelena ocupaba en la Orden de los 13 Nodos el lugar que nadie más podía ocupar: el del Espíritu. Escuchaba a los muertos atorados entre una orilla y otra, escribía su historia completa y al terminar la última página los dejaba ir. El mundo la conocía como Yelena Voss, novelista, sin sospechar que cada libro había sido primero un funeral. Cada muerto liberado cargaba un recuerdo suyo de valor equivalente. Del rostro de su madre, por ejemplo, no le quedaba nada.

En la ofrenda faltaba un retrato. Yelena lo notó por el hueco en el escalón de en medio, del tamaño exacto de un marco.

Rosaura salió de la cocina con las manos rojas de chile. Tenía cuarenta y seis años, la edad de Yelena, y la misma costumbre de no mirar de frente lo que dolía.

—Itzel, te dije que no metieras gente. Perdone, señora. No es buen día.

—Lo sé —respondió Yelena—. Es el primer año de su papá.

—¿Quién le contó?

—Él.

Rosaura apretó el delantal hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

—Mi papá dejó de ser mi papá el día que no fue a mi boda. Dieciocho años sin hablarme. Se murió en marzo, solo, en el cuarto de atrás de la panadería. Nadie le va a poner foto en esta casa. —Señaló la puerta—. Y usted se me va. Ahorita.

Yelena no discutió. Cruzó el umbral sin pisar los pétalos y se sentó en el escalón de la calle. La puerta se cerró. Zorya no la siguió, se quedó adentro, junto al camino de flores y maulló una sola vez hacia la calle. Sobre los pétalos del umbral brotó escarcha.

Yelena cerró los ojos. A su lado, en el mismo escalón, había un viejo de manos grandes con el mandil blanco de harina y la gorra en el puño. No intentaba entrar. Esperaba permiso.

«Dígale que yo era el del pan», le pidió don Anselmo Galicia, y Yelena olió levadura, anís, piel de naranja. «Nunca supe decirle que me equivoqué. Se lo dejaba en la puerta. Ella pensaba que era de la iglesia».

Ahí estaba lo que faltaba en la historia. No un recuerdo, una firma.

Pasó media hora. Adentro alguien intentó sacar a la gata con una escoba, pero la gata no se movió. Luego se oyó la voz de Itzel asustada «¡Mamá, se está congelando la flor!». La puerta se abrió. Rosaura tenía los ojos rojos.

—Esa gata no se quiere ir. ¿Qué le hizo a mi casa?

—Nada. Él está aquí afuera desde la mañana. —Yelena se puso de pie—. Présteme su cocina una hora. Si después quiere que me vaya, me voy y no vuelvo.

Fue Itzel quien trajo la harina, los huevos, la mantequilla, el agua de azahar. Yelena abrió las manos sobre la mesa y le habló al viejo sin mover los labios.

«Préstemelas».

La destreza entró por la punta de los dedos como agua tibia en un guante. Supo cuánta harina pide la masa sin medirla, cómo se estiran las tiras para que salgan los huesitos y las lágrimas, cómo se corona con la bolita que es el cráneo. Sus manos eran rápidas, viejas, ajenas. Formaron el pan y, en el centro, antes de la bolita, modelaron algo que no estaba en ninguna receta, un corazón del tamaño de un pulgar, escondido bajo la corona.

Rosaura soltó la cuchara.

—Ese corazón lo hacía para mí cuando era niña —musitó—. Para que lo encontrara al partir el pan. —La voz se le quebró—. Todos los panes de la puerta lo traían. Todos. Y yo nunca quise ver.

El pan entró al horno. Mientras se doraba, Yelena abrió el cuaderno escolar y destapó la pluma de plata. Escribió la historia de Anselmo Galicia de corrido: el horno antes del alba, la boda a la que no fue por orgullo, los dieciocho panes sin firma. Escribió también lo que él nunca supo decir. La última línea salió sin vacilar.

«Perdóname, Chayito. Era yo».

La destreza se retiró en el mismo instante. Sus dedos volvieron a ser torpes, la vieja quemadura en la yema ardió contra la pluma.

Rosaura volvió del cuarto con un marco envuelto en periódico. Dentro un hombre de bigote blanco sonreía frente a un horno. Lo puso en el hueco del escalón, junto a su madre, con el pan todavía caliente al lado. Después escribió en la frente de una calaverita de azúcar el nombre que no había querido escribir: Anselmo.

—Pásele, papá —susurró hacia la puerta—. Ya puede entrar.

La escarcha de los pétalos se volvió rocío. El papel picado se movió hacia adentro. Zorya se enroscó en el regazo de Yelena, tibia, pesada, real.

Entonces Yelena sintió que se iba el precio.

Buscó la mañana de Rádonitsa en su aldea, las tumbas, el sol de primavera, los huevos pintados de rojo sobre la tierra seguían ahí, faltaba el sabor del pan que su abuela horneaba para los muertos. Donde había estado quedaba un hueco limpio, del tamaño exacto de un retrato.

La noche siguiente, la Alumbrada encendió miles de veladoras en el panteón de Mixquic. Olía a copal y a cera tibia. Rosaura había enterrado a su padre en marzo junto a su madre, porque así lo dejó pedido, y desde entonces no había vuelto a mirar la lápida.

Esa noche pasó los dedos por el nombre recién grabado como quien pide perdón con el tacto.

—Ya entraste, papá. Ahora vete tranquilo.

Partió el pan sobre la tumba y sacó el corazón. Lo dividió en tres: uno para ella, uno para Itzel, uno para Yelena.

—Para los suyos —ofreció—. Aquí se comparte.

Yelena no recordaba el pan de su abuela. Pero en Mixquic acababa de aprender que una ofrenda no se pone para recordar a los muertos, sino para abrirles la puerta.

Eva Bitt

LA PUERTA DEL PLACARD

(Serie de papeles manuscritos hallados en la fisura del marco de un placard de cedro, en una casona de estilo inglés en San Isidro, tras su demolición en 2024. Los papeles alternan entre hojas de cuaderno escolar con renglones y papeles de seda con olor a humedad y naftalina)

Papel 1: Hoja de cuaderno de clase, letra de imprenta infantil (Septiembre, 1952) "Hola. No sé quién sos pero sé que estás ahí. Ayer busqué la pelota de tenis que se me cayó al fondo del placard, detrás de los tapados de piel de mamá, y no toqué la pared. Toqué una mano. Una mano con la piel como papel de diario viejo y dedos flacos. Me asusté, pero después sentí que me acariciabas. El placard es muy largo ahora. ¿Vivís del otro lado? ¿Sos un monstruo o sos el abuelo que murió?"

Papel 2: Papel de carta amarillento, letra temblorosa y elegante (Fecha ilegible, ¿2022?) "No soy un monstruo, Santiaguito. Soy vos. O lo que queda de vos después de que el tiempo te mastique y te escupa. Estoy sentado en un sillón que huele a encierro, en este mismo cuarto, pero setenta años después de tu mañana. Acá las ventanas de San Isidro siempre están grises y las veredas están rotas. No busques la pelota. La pelota se pudrió hace décadas. Búscame a mí. La madera del placard es un puente, el único lugar donde el hoy y el mañana se tocan sin romperse."

Papel 3: Hoja de cuaderno, letra apurada y manchada de chocolate (Octubre, 1952)

"¿Sos yo de viejo? Qué asco. Mamá dice que cuando sea grande voy a ser médico y voy a tener un auto descapotable. Pero vos decís que el aire huele a encierro. Ayer metí la cabeza entre las perchas y vi una luz chiquita, como una estrella. Era el agujero de la cerradura de tu lado. Vi una pierna flaca y una pantufla a cuadros. ¿Por qué no salís? Vení a jugar, acá hay sol y el jardín tiene flores de azahar."

Papel 4: Retazo de servilleta de papel, letra agresiva, trazos profundos (Sin fecha)

"¿Sol? Ya no me acuerdo cómo se siente el sol en la cara sin que me salgan manchas negras en la piel. Aquí el sol es un enemigo que te recuerda que te estás muriendo. El descapotable terminó en un desguace de Tigre en el 84. No hubo medicina, Santiago. Hubo deudas, un matrimonio que se secó como una planta sin agua y este placard. Este placard es lo único que me queda. Escúchame bien: quiero volver. Quiero tu piel lisa, quiero tus rodillas sin reuma, quiero ese sabor a chocolate que todavía siento en el fondo de mi paladar cuando te leo. Pásame tu mano por debajo de la puerta. Solo un poco. Dejame tocar la primavera una vez más."

Papel 5: Hoja de cuaderno, letra con trazos de llanto (Noviembre, 1952) "Me lastimaste. Ayer pasé la mano y me clavaste las uñas. Me sacaste sangre y me dijiste cosas feas por el agujero de la llave. Dijiste que mi vida no vale nada porque ya sé cómo termina. Me da miedo dormir. Siento que el placard respira. Papá dice que son los ruidos de la madera vieja, pero yo sé que sos vos, rascando para entrar. ¿Por qué me odiás si soy vos?"

Papel 6: Papel de seda, letra minúscula, casi obsesiva (Sin fecha) "No te odio, me tengo hambre. Entendélo. Cada vez que me pasás una carta, absorbo un poco de tu oxígeno. Tuve un sueño, o quizás fue un recuerdo: yo estaba del otro lado, como vos, y sentía que algo me tironeaba de las sombras. Ahora sé qué era. Era yo mismo, pescándome desde el futuro. El placard no es un puente, es un estómago. Si me das tu mano derecha, te doy mi sabiduría. Sabrás qué números salen en la lotería, sabrás qué mujer te va a traicionar. Intercambiemos, Santiago. Vos vení a este silencio tibio de viejo y yo voy a correr por el jardín de San Isidro. Es un trato justo. La vejez es un sótano lleno de polillas, pero al menos no tenés la incertidumbre de vivir."

Papel 7: Hoja de cuaderno, letra desprolija, escrita a oscuras (Diciembre, 1952) "Entré. Entré un poquito. El placard no termina nunca. Caminé entre abrigos que no son de mi mamá, son abrigos negros y pesados que pesan como piedras. Vi tu lado. Es horrible, Santiago Viejo. Tu cuarto está lleno de frascos de remedios y hay un olor a grasa que me dio ganas de vomitar. Te vi durmiendo en el sillón. Parecías una momia de las que salen en las revistas de National Geographic. No quiero ser vos. Prefiero morirme ahora."

Papel 8: Papel de envolver, letra desesperada, chorreaduras de tinta (Sin fecha) "¡Demasiado tarde! ¿No sentís cómo se te están arrugando las yemas de los dedos? Cada vez que entrás al placard, me regalás un año. Ya puedo mover mejor los hombros. Ya no me duele tanto el pecho. La madera está succionando tu colágeno y me lo está inyectando a mí por los poros. Anoche pude pararme sin el bastón. El placard está haciendo la digestión, Santiago. Mañana, cuando abras la puerta para salir, vas a notar que el picaporte

está más alto. Vas a notar que tu pijama te queda grande. Vas a notar que tus recuerdos del colegio se borran y en su lugar aparecen mis recuerdos de la quimioterapia. Estamos cruzando el umbral. Yo voy hacia el jardín. Vos venís hacia la morfina."

Papel 9: Hoja de cuaderno, letra temblorosa, casi de anciano (Enero, 1953) "Tengo frío. Los juguetes me dan miedo. Ya no entiendo los dibujos animados de la tele. Me miro al espejo y me veo manchas marrones en las mejillas. Los dientes de leche se me cayeron pero no vienen los nuevos, vienen unos dientes amarillos y gastados. Mamá me mira y llora, dice que tengo una enfermedad rara, que parezco un duende viejo. Pero yo sé. Sos vos. Me estás robando los domingos. Me estás robando las navidades. El placard está cada vez más abierto y escucho tus risas de nene desde mi propia habitación. Me dejaste tu arrepentimiento. Me dejaste el recuerdo de todas las personas que defraudaste. Me pesan las piernas. Ayuda."

Papel 10: Hoja de cuaderno escolar, letra de imprenta perfecta, triunfal (Mayo, 1953 / ¿2023?) "Gracias por la vida, Santiago. El jardín de San Isidro está precioso hoy. Las flores de azahar huelen a gloria. Mamá me hizo la leche con vainillas y no sabe que soy un intruso de ochenta años atrapado en este envase nuevo y fresco. Es maravilloso tener pulmones que no silban. Podés quedarte con mis pastilleros y con mis facturas impagas. Disfrutá del placard. Es lo único que te queda. Cerré la puerta con llave desde afuera y puse un ropero pesado adelante. No quiero que el futuro vuelva a molestarme. Quedate ahí, en ese eterno domingo de lluvia donde nada pasa y todo se olvida. Atentamente: Yo."

Dolores Fernández

EL ARTISTA DE LA MORGUE

Un ritual inexorable incluía la recepción de los cuerpos, su identificación, acondicionamiento y colocación siguiendo un escrupuloso orden. Allí donde todo tenía lugar, los días −festivos o laborables− se sucedían con calma. El destello de los azulejos blancos desinfectados con lejía reflejaba el contenido de la sala, como en la versión *gore* de la Galería de los Espejos.

Un hombre común, o no tanto, era quien ejecutaba con pericia todos los movimientos. "Común" por lo que tenía de pertenencia a una comunidad; no en su acepción de individuo mediocre, adocenado, indistinguible del común de los mortales.

Aquel hombre custodiaba los cuerpos con esmero. Eso era indudable. Para él representaban un mapa en el que orientarse con maestría. Estaba dotado del extraño don de leer en ellos su historia, las ocupaciones desempeñadas, sus aspiraciones y anhelos; también los fracasos, los terrores y las deudas contraídas que los acechaban incluso después de muertos. Solo él se esforzaba por asegurar el traslado de los cuerpos a la otra orilla para que su procesión hacia el infinito transcurriese con decoro y solemnidad.

A los "seres queridos", en cambio, les costaba asimilarlo y asistía con asombro a su gestualidad innecesaria, a tanta aprensión, fingida o cierta. Eran, por así decirlo, los daños colaterales de su oficio y parecían no tener remedio, así que aceptaba los aspavientos y lloriqueos de los que aún estaban vivos, aunque los padeciese como un asalto a su sensibilidad, innegablemente concupiscente con el más allá.

En conclusión, su obsesión por la muerte fue la razón que llevó a aquel hombre común a ser empleado de la morgue. Era, tal y como rezaba en su contrato laboral, un tanatopráctico. Su labor consistía en crear puentes entre la vida y la muerte, un diálogo sin fin, una dualidad necesaria, a la que asistía feliz.

La profesión, detestada por muchos, atemorizaba a la mayoría. Razón de más para evitar al mundo. Por esa razón empezó a pasar cada vez más horas −no retribuidas− en su lugar de trabajo, fascinado por los difuntos.

Primero fue la demora a la hora de la salida. Siempre había alguna faena que ultimar y por encima de todo prevalecía su espíritu perfeccionista. Su implicación era total y sin fisuras, y los minutos de más se convirtieron en horas. Consultaba obsesivamente toda clase de detalles técnicos sobre el maquillaje en la tanatoestética mientras profundizaba en las cuestiones fisiológicas más desagradables, como la autólisis. En general, le gustaba recrearse en los aspectos más macabros de todo el proceso de cuidado y putrefacción de los difuntos. Morbosa antítesis, que reforzaba en él su dedicación al prójimo, su fin último de convertir la morgue en la morada más hermosa de la Tierra.

Llegó el día en que su jornada laboral ya no tuvo fin y entonces se instaló en la morgue. A cualquier hora, siempre estaba allí, dispuesto a reaccionar con solicitud y eficacia.

Su entrega incondicional fue de boca en boca cuando aconteció algo terrible. Un autobús repleto de vecinos se despeñó por un acantilado. Los cadáveres, un total de ciento ochenta y nueve, fueron distribuidos por las morgues de las diferentes localidades, ya que ninguna daba abasto con todos. Se improvisaron incluso locales refrigerados para poder almacenar los cuerpos y conservarlos en buen estado. Durante algunas jornadas los cadáveres permanecieron en fila, mientras avanzaba el proceso de identificación.

En tales circunstancias, este hombre común fue de morgue en morgue y se desvivió por atender al máximo número de difuntos posible. Cosió con la mejor sutura aquellos cuerpos apedazados y los vistió con la dignidad que merecían. Fue una acción heroica que se saldó con su propio deterioro físico. Los signos eran tan evidentes que él mismo parecía anticipar su propia consumación.

Sus facciones, ya de por sí delgadas, se afinaron más aún y su cara proyectó una nariz y unas orejas desproporcionadas. La boca, que rasgaba su mandíbula con unos labios finos y pálidos, parecía cortada a tijera sobre la barbilla puntiaguda. Las ojeras subrayaban sus ojos saltones, que brillaban con el fervor de un místico. Sin embargo, su humor y su estado de ánimo eran inmejorables. A medida que el cuello de la camisa ampliaba el diámetro

sobre su garganta y la nuez se esculpía hasta la caricatura bajo su piel, aquel hombre común se sentía más feliz. Se hallaba en su medio natural, aunque no pudiese compartirlo con nadie. De tal modo, no exteriorizaba su júbilo, no se permitía deslices y ante los otros se comportaba como un profesional entregado, sumido como el que más en la congoja de la tragedia.

Sin proponérselo, aquel hombre común recibió el agradecimiento de los familiares de los difuntos, el reconocimiento de las autoridades. Su entrega admirable, su persistencia, cuerpo a cuerpo, lograba que los difuntos parecieran seres vivos, lozanos, mucho más saludables que antes del accidente. Su arte, puesto al servicio de la comunidad, se convirtió en un icono de solidaridad.

Sin embargo, al acabar con el último de los cadáveres, aquel hombre se volvió el fantasma de la morgue. Estaba completamente exhausto y su único deseo era descansar en paz.

Con tal propósito reservó para su uso personal una gaveta mortuoria, uno de esos nichos de acero inoxidable que camina sobre raíles. Solo se tomó la licencia de añadir una almohada fina para descansar la cabeza durante el tránsito. Se introdujo en la cámara y respiró con alivio. “Por fin en casa”, se dijo. Antes de impulsarse sobre los rodamientos quiso comprobar su aspecto y sacó del bolsillo un espejito. Lo que vio al otro lado era su obra de arte más rutilante. Se había maquillado a conciencia con una base natural, apta para pieles cetrinas como la suya, y potenciado el color de las mejillas con un ligero toque, apenas sonrosado. El pelo, peinado con la raya a la derecha y engominado, dejaba al descubierto su lado bueno. También se había aplicado un lápiz blanqueador en los dientes para regalar a sus vecinos una ilusión de salud extrema. Por último, un toque diluido de carmín en los labios realzaba la juventud perdida.

Satisfecho con el resultado, guardó el espejito de nuevo en el bolsillo, apoyó las manos en el bastidor y empujó con fuerza hacia dentro. El nicho se cerró y aquel hombre no volvió a levantarse.

Néstor Rubén Giménez

EL CRUCE DEL PORTAL

Vine a buscar respuestas, dispuesto a pagar el costo que fuera con tal de probar que el horror coexiste con nosotros en un plano paralelo, o por el contrario, que esta troupe de videntes no era más que un grupo de farsantes y un número bien montado.

—Discúlpenme, ¿qué tienen para mí? —no sabía por qué, pero estaba ansioso.

—Déjame invitarte un café — Acepté. El aroma que envolvía el ambiente.

—Deberíamos darle oportunidad, que vea las cosas como son realmente —propuso Victoria inocentemente, que se ganó la mirada represiva de Noelia—. Disculpa, Noelia, fui impulsiva.

—¡No! Creo que Victoria tiene razón. —Ángel la estaba aprobando—. Noelia, piénsalo un instante, ¡necesitamos que él sepa!

—¡Es una locura!, pero si ustedes están de acuerdo, ¡lo haremos!

¿Hacer qué? Ahora sí me sentía un convidado de piedra. Estaban hablando de algo que, si bien me incluía, parecía tratarse de algo místico, casi prohibido.

—Perdón, ¿me estoy perdiendo de algo? — pregunté.

—¿Quieres ver para creer? —dijo Noelia en un tono desafiante—. Hipólito: ¡te daremos la oportunidad de ver!

—No entiendo — dije desconcertado

— Cruzaremos un portal cuántico hacia otra dimensión, que coexiste con la realidad que conoces —Explicó Victoria con naturalidad—. Pero no te preocupes, te acompañaremos y estaremos junto a ti. — Quedé mirándola con perplejidad.

—¡Descuida, Hipólito! —Ángel trató de animarme—. Victoria tiene razón, cruzaremos por el portal, pasaremos a otro plano. ¿Quieres ver para creer? Pues bien, ¡harás ese pequeño viaje para ver!

Estaba tan paralizado que no pude negarme o pedir explicaciones. En segundos, estaba tomado de las manos, a la derecha Ángel, a la izquierda Victoria, y frente a mí Noelia, con gesto desafiante.

—Aquí vamos —la voz de Noelia fue lo último que escuché.

Sin entender cómo ni de qué manera, me encontré en medio de un páramo, rodeado de una neblina espesa como un pesado humo. En el horizonte, columnas de fuego se elevaban, no supe precisar hasta dónde, arriba todo era un negro espacio infinito. Miré el suelo cubierto de artrópodos y ciempiés que comenzaban a subírseme por las piernas. Recordé el asco visceral que les tenía. Atónito, me encontraba participando de lo que parecía una pesadilla de las peores. No podía ordenar mis pensamientos, pero estaba convencido de que nada de esto podía ser real. Del telón neblinoso salieron de pronto decenas de espectros de rostros desencajados, ojos encendidos y bocas abiertas en un alarido estridente, pero no se escuchaba nada. Me agaché por instinto mientras revoloteaban sobre mí como cuervos acechantes. Dejé de prestarles atención cuando una inmensa criatura se me aproximó, semejante a un dragón, pero con patas de oso y brazos que terminaban en pinzas de langosta ¡gigantescas! El cuerpo escamado terminaba en una cola con un aguijón que meneaba de manera terrorífica. Alguien me tomó del brazo.

—¡Es una tarasca! Será mejor que te apartes —Ángel buscó ponerme fuera del camino de la bestia.

—¿Dónde estamos? ¿Qué es esto?

—¡Querías ver, pues aquí estás! ¡Mira, pero mira bien todo! —su voz sonó como un correctivo a mi incredulidad—. ¡Este es el lugar, el escenario de las peores pesadillas, y estos son los espectros y demonios que nos atemorizan y persiguen del otro lado!

Las piernas me temblaban. Ángel, custodiándome, no se movió de mi lado. A nuestro alrededor, hombres y mujeres corrían sin sentido aparente. Los espectros seguían sobrevolando nuestras cabezas cuando de pronto, como si respondieran a una orden, se lanzaron en picada a la caza de otras personas. Las tomaban de donde podían, las arrastraban. Los incautos intentaban resistir y si en el forcejeo alguno conseguía librarse, de inmediato era atrapado por otro espectro. El suelo comenzó a sacudirse, un viento putrefacto golpeó mi rostro y la escena de caza furtiva se llenó de alaridos. En ese mismo instante, por primera vez desde que comencé esta aventura, experimenté un miedo profundo y sentí una necesidad imperiosa de huir de allí.

Una de las víctimas que había logrado escapar de su cazador corrió hacia nosotros, trastabilló y cayó a mis pies, el crujir de sus huesos por el impacto resonó en el suelo.

—¡Por favor, ayúdame! —suplicó mientras gemía desgarradoramente.

Arrastrándose, logró tomarme del pantalón. No supe cómo responder, tan solo sacudí la pierna hasta que consiguió soltarme.

—¡Nada de esto puede ser verdad! ¡Tiene que ser una puta pesadilla! —grité con todas mis fuerzas, con la esperanza de que así fuera.

—No, Hipólito, no es ninguna pesadilla. Esto está sucediendo en realidad, lo que no querías creer —Ángel buscó confirmar lo que me negaba a aceptar.

Uno de los espectros que nos sobrevolaban se precipitó y quedó parado frente a mí. Tan próximo estaba que pude sentir el hedor de su aliento acre. Sus ojos no tenían pestañas, las córneas eran convexas y las pupilas dilatadas. Me miró desafiante y gritó:

—¡Ni lo intentes! ¡Ese es mío! ¡Hace años que lo vengo siguiendo!

Lo tomó del brazo con tanta fuerza que creí que se lo arrancaría, yo continuaba paralizado, sin reacción. Lo arrastró enérgicamente en dirección a las lenguas de fuego que continuaban ascendiendo. En el camino, iba abriéndose paso entre más criaturas espectrales que trataban de interceptarlo y quitarle al desdichado. Tironeaban de él de tal manera que le rasgaban la piel. Por un instante creí que estaban intercediendo, pero en realidad competían por la presa. Los seguí con la mirada hasta que la neblina los tragó.

—Los demonios luchan hasta el final para llevárselos, ellos se resisten, pero es irremediable —volvió a tomarme del brazo—. No te aflijas, no podrías haber hecho nada por él.

—¡Ángel! Vengan aquí, estarán más seguros —Victoria nos estaba llamando desde lo que me pareció ser la entrada a la sala de Noelia—. ¡Apresúrense, ahora se hizo un claro!

Ángel me tomó del brazo e intentó avanzar hacia donde estaba Victoria. En ese momento, unos espectros bajaron y nos rodearon.

—¡No los mires, Hipólito! —me previno Ángel, pero era imposible no hacerlo, el terror estaba plasmado en sus rostros desfigurados. Tras ellos divisé la larga silueta de Noelia. A su paso, las criaturas se abrían dispersándose en estampida. Evidentemente su presencia y

sus pasos firmes infundían terror en los espectros. Asido del brazo de Noelia y de Ángel, fui dando pequeños pasos mientras sentía mis fuerzas abandonarme hasta que perdí el conocimiento.

Cuando volví en mí me encontraba en la cocina de Noelia, sentado en el mismo lugar y aún asido de las manos: a la derecha Ángel, a la izquierda Victoria y frente a mí Noelia, mirándome fijamente. Ya no percibía el aroma a café, ahora, un desagradable olor a azufre quemaba mis fosas nasales y ardía en mi garganta como si acabaran de restregarla con arena. Sentí un agua callada que se escurría por mi rostro. Aturdido, desorientado y aun temblando, intenté recomponerme. Ya tendría tiempo de asimilar la experiencia vivida y encontrarle alguna explicación.

Miré a mi izquierda, donde se hallaba Victoria. Sus pestañas habían desaparecido, sus córneas eran convexas y las pupilas exageradamente dilatadas. Al notar que yo había advertido la anormalidad, Noelia intervino de inmediato.

—¡Sí, has visto bien! Victoria es uno de ellos, pero descuida, hace tiempo que ella desertó y ahora lucha junto a nosotros.

Volví a mirar a Victoria, aún asida de mi mano, sus ojos habían vuelto a ser los de antes. Me regaló una sonrisa infantil, como si acabara de hacer una travesura.

—Mientras te repones, te serviré otro café —dijo Noelia, como si nada hubiera ocurrido.

—¡No, gracias! Si sigo tomando café, después de lo que he visto, ¡esta noche no podré dormir! —Ellas se miraron y sonrieron.

Un resplandor rajó el cristal de la ventana, deslumbrándome de tal manera que tuve que restregarme los ojos para recuperar la visión. Acababa de entender el motivo de sus pícaras sonrisas. Afuera, el amanecer se extendía.

Noelia dejó la cafetera sobre la mesa. Identifiqué el aroma familiar del tostado y por un instante, eso me devolvió una frágil sensación de refugio. Había cruzado el umbral invisible, y comprendí de la peor manera que existen puertas que jamás debimos abrir; verdades oscuras que, una vez reveladas, fracturan la realidad.

Heriberto Rios

ITALO SAMANOE

Cejijunto y sano, belludo y bien dotado, atractivo y varonil, me reservo ha admitir cuantos dedos me saca de falo; un suertudo bien servido, ése Italo Samanoe.

En cambio yo, lampiño de pie plano, con miopía y astigmatismo, apiñonado y con llantitas de más, ¿para qué me sirven los ojos, si no para menospreciarme?

Él tuvo a Marlene, *sex symbol* de colegio, cuando yo apenas aprendía a masturbarme. Él entendía álgebra, mientras que yo agachaba la cabeza para que no me preguntaran. Italo se ve limpio, seguro de sí mismo, habla con vocación de locutor y está en medio de cualquier situación para opinar o actuar; cuando yo me doy cuenta, Italo ya opinó, ya hizo, ya ganó.

Fuimos parte de la misma generación en la escuela hasta la preparatoria, siempre hemos sido vecinos y por la vida social actual que lleva y el auto que conduce, no me cabe duda que le va mejor que a mí.

Es obvio que él fue el mejor alumno al recibirse de ingeniero industrial, y yo un alumno de panzazo al recibirme en administración de empresas. ¿Y qué hacerle? Sus perros siempre muerden a los míos, sus zapatos siempre eran más limpios que los míos y su cabello es manejable mientras que el mío es un caos.

Nunca fuimos amigos aunque siempre frecuentamos los mismos lugares, intercambiamos un saludo cortés cada vez que podemos, pero yo sé, estoy seguro que todas las veces que me ha visto, me ve con desdén, como si mi existencia valiera menos, yo sé, que él piensa que es mucho mejor que yo.

Entre todo ese contrapunteo individual, esa lucha interna de años y años en la que nunca necesité del enemigo, había algo en común entre ese modelo a seguir y yo: la amistad de nuestras madres.

Ellas compartían calle, al igual compartieron por mucho tiempo una misma rutina por mí y por aquel, para mi sorpresa ellas eran buenas amigas, no eran inseparables, pero se notaba por el cómo charlaban que se respetaban la una con la otra, a pesar de que yo en

varias oportunidades intenté manipular a mi madre para que de alguna forma ella hablara mal de Italo y su madre, eso no pasó, ellas se veían como un igual, de hecho distinguía en la mirada de los ojos de la mamá de Italo que no nos juzgaba.

Hace unos meses sentía que me amargaba, soñaba despierto en un escenario en el que yo saliera vencedor a lado de ése que todo le sale bien, no veía la forma, yo no tenía la posibilidad de hacer algo y salir ganando a lado de él, pienso que ése día los ángeles no pusieron atención a sus dados cuando los lanzaron, porque por azares del destino me tocó ganar a mí.

-Edgar, hijo ¿ya supiste? La mamá de Italo falleció. Doña Rosa murió mientras dormía.- Me dijo mi madre cabizbaja cuando estaba por salir para irme al trabajo.

No recuerdo cual fue mi respuesta, pero fue corta ya que salí de inmediato, se me nubló el presente, sentí un hervor en mi interior, un cosquilleo en mis manos, mis oídos se inflamaban, una energía quería escapar de mí en un grito, un salto, un golpe, en una explosión. Era una sensación infernal.

Iba por la calle y me contenía, me contenía, no perdía la compostura, no dejaba salir ese delicioso pero despreciable sentimiento, mis ojos lagrimeaban, daba uno que otro brinco involuntario y de mi boca se escapaban monosílabos inentendibles que chocaban en mis labios. Me regodeaba con la noticia, por vez primera sentía el placer al reconocer el dolor ajeno, y por fin pronuncie silenciosamente para mí, -que bueno que a mí no me pasó,- y él aún más estimulante -que bueno que le pasó a él.-

Asistí al funeral, yo estaba como poseído, no sabía lo que quería ahí, mi mamá se presentó con un gran arreglo floral, mientras yo le ayudaba con su bolsa y abrigo, entré detrás de ella y detrás de mi mueca fingida y helada, resistía una malvada carcajada. Dimos el pésame, lo hice sutil, sin exagerar mis expresiones, tomé asiento a dos filas de la caja del muerto, no pude evitar en toda mi estancia ahí no quitarle la mirada al nuevo Italo desecho. Por fin lo tenía en desventaja, al verlo ahí, rogándole regreso al cuerpo inerte sentí una irrepetible satisfacción.

Llegó el momento de retirarnos, me despedí yo primero de Italo, luego mi mamá y antes de que terminara su despedida la interrumpí y le dije: -ya te llevo a casa mamá-, mirándolo a él a los ojos.

Emanuel Elías Sánchez

RUIDOS MOLESTOS

El noticiero terminaba a las once y media. A las once y cuarenta, arriba, Graciela arrastraba la silla.

Osvaldo le sacaba el sonido al televisor antes del pronóstico y se quedaba en el sillón, mirando el plafón de vidrio, con tres moscas secas adentro. El raspado de las patas cruzaba el cielo raso de la ventana a la pared. Después llegaba la voz de ella, sin consonantes, hasta que la levantaba y las palabras bajaban enteras.

—La llave del termotanque, Ricardo.

De Ricardo no bajaba voz. Quedaban las pausas y, a veces, el doble tintineo del plafón cuando él golpeaba la mesa con la palma. Osvaldo contaba las pausas. Dos, tres. Casi todas eran de tres segundos; las de cuatro venían cuando Ricardo se ponía a explicar.

—¿Mañana? Hace veinte años que es mañana.

La más larga que recordaba era de nueve segundos. Había sido una noche de la prepaga, y al final de esa pausa Graciela tiró algo contra la pared.

Todos los marzos el administrador leía el acta en el hall, de pie, con el termo bajo el brazo. Punto cuatro: ruidos molestos, unidad 2.º B. Los del tercero miraban al 1.º B.

—No se escucha nada —decía Osvaldo, y el administrador tachaba.

El sillón había mirado a la ventana. Las marcas de las patas seguían en el parquet, cuatro hundidas hacia la calle y otras cuatro más nuevas, un metro hacia el centro, justo bajo el plafón. En el escurridor de la cocina, un solo plato con su taza encima. La escoba vivía detrás de la puerta. El cabo estaba lustroso a la altura de las manos y áspero en el resto.

Los jueves eran distintos. A las ocho y diez se abría la puerta de arriba y los pasos de Ricardo cruzaban el palier. La reja del ascensor se llevaba el ruido. Volvía pasada la medianoche y Graciela lo esperaba sin hablar. Recién cuando él cerraba la

puerta, ella arrastraba la silla, y esos jueves la discusión empezaba más tarde y terminaba igual.

Ricardo se fue un martes a las seis y cuarenta, por la escalera, porque la camilla no entraba en el ascensor. Osvaldo escuchó los escalones desde la cama. Cuatro noches después, a las once y cuarenta, Graciela arrastró la silla.

—La llave del termotanque, Ricardo.

Contó. Dos, tres. Ella esperó el largo de siempre y pasó a la hermana de él.

—Tu hermana pregunta por mí como pregunta la hora.

Volvió a esperar. Después, la prepaga. A la quinta noche repetía cada reclamo dos veces. A la novena ya no citaba lo que él contestaba. Osvaldo seguía contando un número por segundo hasta que ella retomaba, y cada noche llegaba más lejos.

—Contestame.

Esa noche no pasó de la hermana. Se levantó a las doce y diez, más temprano que nunca. Osvaldo siguió contando hasta cuarenta y dos, marcando cada número con un dedo sobre la rodilla.

En la segunda semana se cruzaron en el ascensor. Graciela iba de negro, con la bolsa del supermercado chino doblada en la mano, y miraba el tablero.

—Si le molesto, me dice.

—No se escucha nada.

Ella siguió mirando los números hasta que se encendió la P.

La noche diecinueve, después de la prepaga, la pausa llegó a los tres segundos, a los cuatro, y Osvaldo se paró. Cuando se dio cuenta, estaba en la cocina con la mano en la escoba. Volvió al living y dio dos golpes secos con el cabo contra el cielo raso, como los de una palma sobre una mesa.

El plafón tintineó. Arriba no pasó nada durante cinco segundos.

—¿Ah, sí? —dijo Graciela.

Osvaldo bajó la escoba despacio y esperó con las manos sobre el cabo. Ella retomó más alto que en semanas. A las doce y veinte, ya hacia el final, la pausa duró

cuatro segundos. Con la escoba temblándole en las manos, dio un solo golpe, equivocado. Ella no lo tomó en cuenta.

Cuando ella arrastró la silla para irse a dormir, él seguía sentado con la escoba entre las rodillas. El cabo estaba húmedo de sus manos. Olía a la lavandina con que había baldeado la cocina a la tarde. Se levantó a apagar el televisor, que seguía pasando una película sin sonido.

Con las semanas armó una tabla que no anotó en ningún lado: dos golpes secos para casi todo, tres juntos para cuando ella pasaba a la hermana. Cerraba la noche arrastrando el cabo por el cielo raso, de la ventana a la pared de la cocina. Probaba cada golpe con los nudillos contra el apoyabrazos antes de pasarlo a la escoba. Empezó a cenar más temprano para tener el plato lavado a las once y media.

Si ella ganaba un punto, él tardaba en contestar. Una noche Graciela dijo algo de la madre de Ricardo que era cierto. Osvaldo se quedó con la escoba en el aire, moviendo los labios sin voz, hasta acordarse de que le tocaba a él.

Otra noche dio dos golpes flojos, casi un roce. Arriba pasaron cinco segundos, como la primera vez.

—Ese no eras vos —dijo Graciela, y siguió.

El resto de la semana Osvaldo golpeó más fuerte y más seco. Le salió una ampolla en la base del pulgar. Se la tapó con una curita. Un sábado compró una escoba nueva, de cabo de aluminio, y la devolvió al día siguiente. No sonaba igual. La vieja, de a poco, se le acomodó en la mano.

De día se cruzaba a Graciela en la escalera, con la boca pintada.

—Buen día, vecino.

Afuera, las plantas del balcón de arriba, secas desde septiembre, tenían brotes y las macetas goteaban hacia la calle. El portero, que baldeaba la vereda, le dijo:

—La de arriba está mejor, ¿no?

—No sé —dijo Osvaldo.

El portero esperó un momento y siguió con la vereda.

Un jueves de fines de octubre, a las ocho y diez, se abrió la puerta de arriba. Osvaldo levantó la vista. Cruzaron el palier unos pasos más cortos que los de Ricardo, con taco, y la reja del ascensor se llevó el ruido.

Osvaldo miró el reloj. Pasaron las nueve y las diez sin nada que contar. Esperó con la escoba apoyada en el brazo del sillón. Había cenado a las siete y el plato estaba lavado en el escurridor.

Cuando ella volvió, a las doce y treinta y cinco, Osvaldo contó siete pasos desde la puerta. Las llaves cayeron sobre la mesa y no se abrió el ropero. La silla se quedó donde estaba.

Graciela caminó de punta a punta, con los zapatos puestos, hasta plantarse justo arriba del sillón.

—¿De quién es el departamento de Castelar?

Osvaldo levantó la escoba y la dejó a medio camino.

—Encontré el recibo en tu campera. Fui hoy. Tomé el Sarmiento, como hacías vos. La llave abre. La llave que durante veinte años me dijiste que era del termotanque. Hay camisas tuyas en el placard, planchadas. Hay una taza con rouge en la mesada, Ricardo, y no es el mío.

Apenas ella terminó, Osvaldo empezó a contar. Uno, dos, tres. Repasó los golpes de su tabla, uno por uno, desde los dos secos hasta el cabo arrastrado, como quien busca en un llavero. Cuatro. Cinco. Seis. Tenía el cabo húmedo otra vez. Una escama de pintura se desprendió del cielo raso y le cayó en el hombro. No se movió. Siete, ocho, nueve.

Pasó el nueve, la pausa más larga que Ricardo se había tomado alguna vez. En el televisor mudo, un hombre señalaba con la mano un mapa de nubes. Osvaldo apoyó la punta del cabo contra el cielo raso, a un palmo del plafón, y no golpeó. La escama de pintura seguía en su hombro. Arriba nadie se movía.

—Contestá —dijo Graciela.

Osvaldo contó diez. Contó once.

—Contestá, Osvaldo.

Margarita Isamat

PENUMBRA

Isis caminaba sobre el campo lleno de flores, había sido un viaje agotador. En su mochila no llevaba muchos objetos, salvó aquellos que le permitirían llegar a su destino. Mientras seguía recorriendo aquella pradera, rememoraba los bellos momentos junto a sus seres queridos, y pensaba que pronto se reencontrarían. Ella deambulaba tan ensimismada, que no se dio cuenta que a lo lejos se erigía un imponente portal; siete enormes arcos tallados en gemas doradas descansaban sobre la ladera, formando un cálido atardecer. Isis deslumbrada ante la majestuosa vista, siguió sus pasos hasta quedar frente al portal.

-Hola, ¿hay alguien aquí?- preguntó con voz temerosa.

De repente, una figura masculina apareció, aquel hombre portaba una máscara extraña, difícil de descifrar. Con la mirada fija en la menuda chica, la figura habló.

-Isis, bienvenida a Acoris, "La Cima de Occidente." Mi nombre es Seth y seré tu guía en este trayecto.

Sin saber que decir, Isis se quedó pensativa y observó atentamente al misterioso hombre. Después de unos instantes, ella se atrevió a preguntar.

-¿Hacia dónde nos dirigiremos?

Sin inmutarse, Seth respondió:

-La eternidad nos espera.

Sin decir más, Seth se dio la vuelta y comenzó el camino. Con algo de indecisión, Isis siguió los pasos del guía y los dos emprendieron el viaje. El paisaje era acogedor, se podía sentir la calidez del hogar en la brisa vespertina del Acoris; pronto Isis y Seth llegaron a un templo, del cual sobresalía el cuerpo de una mujer hermosa, vestida en fina seda negra, con el cabello adornado en pequeñas guirnaldas de jade. De sus manos colgaban brazaletes

de oro que resplandecían como rayos de sol, y en su sonrisa se asomaban perlas relucientes que emanaban calidez al aparecer.

-Seth, gracias por guiar a Isis ante mi presencia -pronunció, aquella enigmática mujer.-

-Bienvenida seas a Acoris, hermosa Isis. Se que tú corazón ha recorrido un largo sendero para llegar hasta aquí.

Isis se sintió aterrada ante tal sentencia y deseaba huir de regreso a la acrópolis.

-No te asustes, Isis. Yo soy parte de ti, tu guardiana, Neftis. Aquella a la que todas las noches rezas y pides respuestas. Estoy aquí, para despejar tus dudas; he visto la tristeza de tu corazón, el desasosiego de tu alma, y quiero decirte, que son los miedos quienes han dominado tus pensamientos. Es necesario que durante este trayecto te desprendas de lo que encadena tu espíritu a lo terrenal.

Isis, sintió una punzada en el pecho. Sabía que, en su equipaje, había otra carga más pesada. De pronto, Seth la tomó de la mano y los tres se adentraron en el hermoso templo. Neftis comenzó a hablar con diligencia:

-Este templo está dedicado a las almas que no logran descansar. Aquí se expían sus culpas y pecados; la redención solo es otorgada a los que están dispuestos a perdonarse asimismo y remediar sus faltas. No todos tienen la capacidad del perdón y el amor, Isis. La mayoría no puede aceptar que ha errado y herido a quienes ama. Isis miró de manera inquisitoria a Neftis y habló:

- ¿Qué necesito hacer para que mi alma no vague más en este mar de angustia?

Neftis miró de una manera maternal a Isis, y pronunció con compasión:

-Querida Isis, a partir de este momento, se te presentarán seis dificultades. Tu mente y corazón sabrán sortear la incertidumbre, solo debes confiar. Tu viaje comienza cuando la nobleza de tu espíritu esté lista para purificarse. Encontrarás un hermoso lago que emana sales y minerales capaces de eliminar cualquier impureza corporal. Seguido del lago, te encontrarás en una mezquita, Seth te brindara las palabras adecuadas para orar. Lo

siguiente a ello, se te presentará sin dificultad. Yo estaré contigo, en tanto la bondad permanezca en tu interior.

Ambas se observaron y sin más, Isis abrazó a Neftis. Sabía que era la profundidad de su ser, la oscuridad de sus miedos, la esperanza de sus metas. Neftis respondió a ese gesto como una madre protectora, puesto que lo era. Su diosa, su protectora, la que protegía su alma en las noches.

Con más confianza, Isis salió a paso firme acompañada de Seth, su guía y juntos fueron en busca del lago. Isis, dirigió el camino, porque estaba segura que en el verde valle encontraría esas hermosas aguas. Cayó la noche, y los dos acamparon en un tranquilo páramo. Isis se sentía tranquila al ver las estrellas y escuchar las hojas de los árboles balancearse en sinfonía de la fresca brisa. Ella pensaba que podría quedarse aquí para siempre. Con este pensamiento, Isis pronto se quedó dormida. A la mañana siguiente, Seth despertó a la chica, y después de un ligero desayuno, continuaron su paso hacia el lago. Al mediodía, divisaron un bello lago cristalino, con muchas flores en la orilla.

Seth le indicó a Isis que debía entrar al lago para purificar y sanar su ser, a lo que ésta accedió sin replicar. Con una ligereza, la chica se sumergió en el agua, y tardaría unos minutos en salir. Cuando lo hizo, su cuerpo experimentó una sensación extraña de ligereza; aquel líquido, se había quedado con todo lo que pesaba para ella. Una confianza renovada aparecía en su interior, se desprendía de aquello que la atormentaba.

Siguiendo las ordenes de Neftis, se fueron en busca de la mezquita: la chica ansiaba vaciar las emociones que la embargaban. A lo lejos, en una colina rodeada de bambúes, se veía el adoratorio; Isis reconoció el lugar sagrado y de inmediato ingresó para orar. En el lugar, se encontraban unas figuras humanas vestidas de forma peculiar: con túnicas negras largas y el rostro estaba cubierto. Isis, avanzó hacia dónde se encontraban y cuando estuvo a una distancia prudente, llamó su atención y habló:

-Mi nombre es Isis, y vengo desde Acoris. Les suplico que iluminen mi presencia con su sabiduría para poder honrar y adorar a los dioses, pues deseo limpiar mi cuerpo y mente.

Las siluetas giraron la vista hacia donde ella se encontraba, y se dio cuenta de que eran hombres, monjes los que se encontraban en el recinto. Uno de los monjes se acercó a ella y habló en tono pausado:

-Neftis nos dijo que vendrías, te esperábamos desde hace dos inviernos. En este lugar, encontraras la fortaleza que se requiere para limpiar tu corazón, sin embargo, hay algo que debes saber: una vez que tu corazón se prepare para purificarse, no hay retorno: tu familia ya no podrá acompañarte a la eternidad.

Isis sintió una oleada de sensaciones indescriptibles, y sin otra alternativa, salvo confiar en las palabras de Neftis, la chica se dispuso a orar. Primero recordó todos los momentos que le causaron tristeza, amargura y odio, se desprendió de ellos en una meditación profunda, revolvió los pensamientos hasta que éstos se disolvieron en la nada. Después, vinieron los momentos felices junto a su familia, seres queridos y amigos; esos momentos de risas, alegrías y unión que le recordaban lo que fue, un sentido de pertenencia con los que ella amó. Finalmente, la nostalgia fue testigo de cómo se desprendía de todos los momentos vividos, buenos y malos, para así, cobijarse en una oscuridad inminente.

Isis, ya no despertó con los suyos, pero siguió caminando entre la fresca brisa de la tarde en Acoris; Neftis, Seth y los monjes fueron testigos de cómo su alma se desprendía de su cuerpo para unirse al mundo de los no vivos, para ir al descanso eterno, sin retorno. Isis miró con alegría lo que dejó atrás, prometiendo siempre ser y estar para quienes la necesitaban, pero ahora, desde un lugar donde el tiempo no era medido con reloj.

John Tapia

EL ALIENTO

Desde que salga el sol, hasta que se oculte,
tú siempre serás bienvenido entre las
hojas secas del maíz de nuestro hogar.
Que no te dé pena que sólo podamos
darte un platito del tamaño de tu estómago.
No hay más, hijo, no necesitas más.
Te sembramos en el mundo,
sembramos el mundo para ti.

Un ángel de la estrella de la fe. Sopla…

Ya es hora de que levantes tu mano,
el sol que, entre el volcán va y viene,
acaricia lo que cultivamos, ora en tu tierra,
ora en tu noyólo.

Lo quieras o no, lo sepas o no,
eres quien eres, somos en ti.
¿De qué te sirve tu fe si no
la sientes en tu noyólo?
Dinos para matarnos.
Dinos para volver,
profundos ojos negros
te dimos.

Todo lo perderás, hijo del maíz, todo.

Morimos para dar frutos.
Aunque la pierna o el brazo revienten,
no cesarán tus cantos.
Nos cuida la piedra el semblante,
con tu corona de flores sigue
el viento del día prometido.

Cerca, muy cerca,
más que de ti mismo,
completo estás ya.

Cuando vuelvas, te recibirá
la misma parvada de tus sueños
y de tu recuerdo.

Aquello que buscas va en tus pies,
peregrina hacia tu propio aliento.
Si no estamos, sabrás en tu piel
del amor que nos da volver a verte.

Sólo el recién nacido
puede rasgar el velo,
entonces podrás verle
de nuevo en tu centro
espejado.

Eliana Giseñe Gorosito

La Cripta

Aquí yace el ocaso,
un pedazo de cielo azul oscuro.

Aquí palidece la luna
y en la sombra etérea de su aliento
el silencio se refugia.

No me busquen en esta ruina,
estoy en la boca tibia, inasible,
de mis poemas,
y acá
solo yace callada,
la noche más larga
de la noche entera.

Adán Delgadillo Trinidad

LA VISIBILIDAD QUE NADIE PIDIO

Ojos que no ven, corazón que no siente Refrán utilizado en la cultura mexicana cuya interpretación hace referencia al desconocimiento de las cosas, hoy podríamos cambiar el mismo a *Ojos que no ven, cámara que se entera.* El avance de la tecnología nos ha permitido estar informados en todo momento de las cosas que suceden en cualquier parte del mundo, solo basta con tener un dispositivo electrónico y conexión a internet para interactuar y mirar más allá de lo que tus ojos alcanzan.

¿Te imaginas un mundo sin internet? ¿Sin redes sociales? Es probable que No, ya que el uso de la tecnología modificó la vida de las personas en todos los sentidos. Las redes sociales nacen con el fin de acercarnos a todo aquello que se encuentra lejos de nuestro alcance. La teoría, solo queda en teoría y es que en la práctica las redes sociales en lugar de acercarnos amablemente a las personas, también puede ser causa de problemas al facilitar herramientas para aparentar apariencias o vidas perfectas. Después de todo ser tendencia es lo importante entre los usuarios.

Existen diferentes tipos de redes sociales, como *Facebook*, *Instagram* y *Tik Tok,* todas ellas comparten el entretenimiento a través de encontrar diferentes videos y un paquete de mensajería, los usuarios pueden difundir un mensaje sobre una situación en específico, ya sea humorística o la creación contenido para hablar sin censura y emitir opiniones acerca de temas varios.

El mundo evoluciona rápidamente originando nuevas formas de comunicación entre los seres humanos, lo preocupante es la insensibilidad que se muestra en las redes sociales expresada por los usuarios quienes opinan desde el desconocimiento de los hechos, guiándose por lo que se muestra en el video. El miedo a ser expuesto es constante ya que en la actualidad se ha puesto de moda grabar momentos delicados con el fin de tener

alguna evidencia en caso de ser necesaria. Sin embargo es inevitable que algunas personas puedan sentirse vigilados, vulnerables ya el día de mañana pueden protagonizar un video viral.

Resulta más fácil visibilizar la situación o problema por medio de videos en la red que solucionarlo de otra manera y es que que tal vez se encuentre el apoyo necesario dentro de los seguidores, pero algunas veces no se miden las consecuencias que esto tenga. Siempre he pensado que los niños son crueles por su misma edad y desconocimiento de cosas que no conocen o entienden, pero los adultos ahora son los nuevos niños que opinan, critican y juzgan solo por el video. Hay casos específicos, como el maestro que pidió un croquis en una tarea escolar, un trabajo tan simple, que sirve para desarrollar la ubicación espacial provocó una serie de reacciones desfavorables para el docente.

La problemática social de inseguridad que aqueja y preocupa a la sociedad creó en las personas la necesidad de tener cámaras de seguridad para cuidarse. Entonces ¿Dónde quedo la privacidad? Qué pasa si se hace mal uso de las evidencias o cuando estas grabaciones se usan con otro fin, de ahí nacen los *memes o stickers* exponiendo la integridad del involucrado para ser señalado, ridiculizado.

El *chisme* es propio del ser humano, es esta acción la que busca respuestas de todo, pero en especial de lo que afecta en un contexto social cercano, es por ello que se ha vuelto una necesidad tener evidencia de los momentos del aquí y del ahora. La práctica de gravar o gravarse no es mala, sirve como memoria y como antecedentes de momentos que solo podemos volver a revivir a través de una pantalla. Lo que de verdad perjudica de esta acción, se observa en redes sociales, en especial en los comentarios donde el dolor ajeno no causa sensibilidad, al contrario desata un sin fin de reacciones de sarcasmo, burla o alegría cuando se trata de una tragedia.

Por este tipo de prácticas que son tan usuales en redes me resulta imprescindible analizar el fenómeno de la visibilidad. Somos sujetos de una sociedad intolerante y al ser usuario de las mismas somos parte del problema. Cualquiera puede exponer su punto de vista, la

diferencia es que especialistas que opinan sobre temas serios se ven opacados por internautas con millones de seguidores, esto genera una cadena de desinformación.

Es necesario resaltar que visibilizar los acontecimientos que suceden de cualquier índole no es malo, sino que funcionan cuando se sabe donde buscar, fuera de la pantalla se debe hacer el compromiso como una sociedad activa que reclama sus derechos. Nuestra empatía no tiene que ser dictada por *boots* ni por *simps* la humanidad existe más allá del internet.

Edgar Contreras

UNA MIRADA FILOSÓFICA A LA SANTIDAD EN EL SER HUMANO

Cada 1 de noviembre, la Iglesia católica celebra el Día de Todos los Santos, una fecha en la que se recuerda a personas que, a lo largo de su vida, vivieron de acuerdo con los valores del Evangelio y alcanzar la santidad. Sin embargo, esta celebración también puede entenderse desde una perspectiva filosófica, pues nos invita a reflexionar sobre el sentido de la vida, la relación del ser humano con lo sagrado y la búsqueda de aquello que consideramos bueno, verdadero y trascendente. ¿Qué entendemos por lo sagrado y por qué el ser humano, desde las distintas culturas y épocas, ha sentido la necesidad de relacionarse con algo que va más allá de su propia existencia?

Esta pregunta tiene un valor importante porque nos permite comprender que el ser humano no solamente busca satisfacer sus necesidades materiales, sino que también necesita encontrar un sentido para su vida. En este sentido, la santidad puede comprenderse como una manera de vivir que busca superar el egoísmo, reconocer el valor de los demás y orientar la propia existencia hacia un bien mayor.

¿Qué entendemos por lo sagrado?

Para comprender la santidad, es necesario detenernos en el significado de lo sagrado. Desde la filosofía de la religión, lo sagrado puede entenderse como aquello que el ser humano considera especial, digno de respeto y diferente de las cosas que forman parte de su vida cotidiana. No se trata de algo material, sino de una realidad que tiene un significado profundo para la existencia humana.

Uno de los pensadores que estudió este tema fue Mircea Eliade, quien, en su obra *Lo sagrado y lo profano*, explica que el ser humano reconoce lo sagrado cuando este se manifiesta de una manera distinta a las realidades ordinarias. Para Eliade, existe una diferencia entre lo sagrado y lo profano: lo primero representa una realidad que tiene un significado trascendente para el ser humano, mientras que lo segundo corresponde al

mundo de la vida cotidiana.

Mircea Eliade utiliza el concepto de *hierofanía* para explicar la manifestación de lo sagrado. Es decir, cuando algo que pertenece al ámbito de lo sagrado se hace presente en una realidad concreta. Esta idea nos permite comprender por qué, para muchas personas, ciertos lugares, objetos, acontecimientos e incluso personas adquieren un significado especial.

¿Qué relación existe entre lo sagrado y los santos? Si entendemos que los santos son personas que han orientado su vida hacia una realidad trascendente, podemos considerarlos como ejemplos humanos de una existencia que busca superar lo superficial y encontrar un sentido más profundo.

La santidad desde una perspectiva filosófica

Cuando hablamos de santidad, generalmente pensamos en personas que pertenecen a la Iglesia, que realizaron milagros o que fueron reconocidas oficialmente como santos. Cabe la pregunta ¿Qué características hacen que una persona sea considerada un ejemplo de vida? En este sentido, podemos relacionar la santidad con el pensamiento de Aristóteles, especialmente con su obra *Ética a Nicómaco*. Para este filósofo, la felicidad no consiste simplemente en tener riquezas, placeres o reconocimiento social, sino en vivir de acuerdo con la virtud. La virtud se desarrolla mediante la práctica constante de buenas acciones y la formación de hábitos.

Aristóteles considera que una persona llega a ser virtuosa cuando aprende a actuar correctamente y orienta sus decisiones mediante la razón. Esto significa que no basta con conocer lo que está bien, sino que es necesario llevarlo a la práctica.

Aunque Aristóteles no desarrolla el concepto cristiano de santidad, su pensamiento ayuda para comprender que una vida buena requiere esfuerzo, disciplina y coherencia entre lo que pensamos y lo que hacemos.

Podemos relacionar esta idea con la vida de los santos, pues muchos de ellos se distinguieron por su generosidad, humildad, justicia, caridad y entrega a los demás. Su

importancia no se encuentra solo en los acontecimientos extraordinarios que se les atribuyen, sino también en la manera en que vivieron y transmitieron los valores.

De esta manera, la santidad puede estudiarse como una forma de orientar la existencia hacia el bien. Una persona que procura actuar con justicia, que ayuda a los demás y que no vive únicamente pensando en sus propios intereses, está mostrando que la vida humana no carece de un sentido que va más allá de lo individual.

Felipe Urrutia

LA FRACTURA EN LA CALZADA

Los perros románticos cruzaban la frontera a medianoche

sin pedir permiso a los guardias de la memoria.

Yo los vi en un bar de mala muerte cerca de la estación,

debatiendo sobre la estructura del poema perfecto

mientras la muerte los observaba desde la barra

con la indiferencia de un empleado público.

Allí entendí que el umbral no es un marco de madera,

sino una fractura en el tiempo,

un lugar donde la teoría de estar vivo se rompe

contra la práctica de seguir respirando en la penumbra.

Creíamos en la juventud como en un manifiesto inalterable,

pero terminamos firmando pactos con el cansancio.

Escribir era la única forma de conversar con los ausentes,

con los muchachos que cayeron en las calles de Santiago,

con los poetas que se quedaron atrapados en la niebla de Europa

esperando una señal que nunca llegó.

Entre el pasado y el presente hay una zanja llena de papeles mojados.

Ahí se quedan las palabras que no nos atrevimos a decir

justo antes de dar el paso.

Porque un paso es una decisión irreversible,

un abismo microscópico entre lo que fuiste y lo que serás.

¿Qué hay al otro lado de la calzada?

Tal vez solo la luz cenicienta de la madrugada,

el eco de un motor lejano,

o la sombra de un amigo de la infancia

llamándote por un nombre que ya olvidaste.

Lo extraordinario no habita en los grandes anfiteatros;

está atrapado en el brillo triste de un vaso con agua,

en la colilla que sigue echando humo sobre el cenicero,

en la certeza de que este segundo suspendido

es el único territorio que nos pertenece.

La muerte no avisa con trompetas ni banderas negras:

llega con la soltura de quien entra a su propia casa,

se sienta a la mesa y te pide un cigarrillo.

Y tú la miras a los ojos y le muestras tus cuadernos vacíos,

tu colección de fracasos y de pequeñas victorias invisibles.

El umbral es eso: una pregunta arrojada al vacío.

No hay respuesta en los libros de historia ni en los diccionarios.

Solo la tentación de cruzar,

la sospecha de que la sombra no es el fin de la luz,

sino el reverso exacto del coraje.

Caminar entre la memoria y el olvido exige no mirar atrás,

avanzar a ciegas hacia lo desconocido

sabiendo que la poesía nunca salva a nadie,

pero es el único lenguaje digno para los que se van.

Pablo Hernández

NI LA CALACA SE LE ESCAPA AL CURA MANUEL

En una de las iglesias más bonitas de Ojuelos,
el señor cura Manuel rezaba,
cuando llego la huesuda,
que desde la puerta lo miraba.



La Huesuda le decía:
¡Ay padre Manuel, ya te vine a visitar!
pero guarda tu agua bendita,
¡no me vayas a remojar!

El padre Manuel, muy sonriente
le dijo con emoción:
“aquí nadie se me escapa
ahí te va tu chapuzón”.

Calavera de las flores

Calaverita a la escuela mariano azuela

A la escuela Mariano Azuela llegó la catrina

buscando a los niños por toda la oficina

en Ojuelos de Jalisco, se escuchó un gran grito

porque el profe Paco salió despacito

la flaca le dijo: ¡vámonos, profesor!

y Paco le respondió: primero paso lista por favor.

La directora Viri salió muy enojada

porque la calaca no pidió su entrada

¡aquí mando yo! – Viri le gritó-

y hasta la muerte del susto tembló

los niños reían al verla correr

y la flaca a la escuela no quiso volver.

Mauricio García

Calavera Ojuelense

Aquí te espero pasajero

fue lo que vio la catrina primero

al ver tan famoso letrero

decidió ir en busca de un aventurero.

¿A dónde va tan sonriente?

mi bella catrina valiente

voy a saludar al presidente

y a resolver un pendiente.

No me asustes huesudita

que mi corazón me palpita

yo solo venía de mi cita

y no esperé verte tan cerquita.

No te asustes chamacón

vengo de por el malecón

soy la Calavera ojuelense

y también soy Jalisciense.

Quiero llevarte al campo santo
ya que se escucha mucho llanto
y al escuchar esto yo me quebranto
pues, aunque soy muy fuerte no aguanto.

Perdóname mi catrina
tengo una cita en la cantina
ahí encontraré a mi vecina
en el bar “la oficina”.

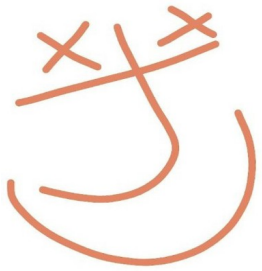
Ya me voy ya me despido
de mi Ojuelos tan querido
Espero se hayan divertido
ya que no cumplí mi cometido.

Fuentes utilizada en el texto: ***ENTRE LA HISTORIA Y LA LEYENDA: LA PUERTA DEL SOL DE OJUELOS DE JALISCO.***

Guardado, E. (2015–2025). *Entrevistas y conversaciones sobre la historia de La Puerta del Sol* [Testimonio oral]. Ojuelos de Jalisco, México.

Vega, M. (2015–2025). *Entrevistas y conversaciones sobre la historia de La Puerta del Sol* [Testimonio oral]. Ojuelos de Jalisco, México.

Echeverría, R. (2015). *Testimonio sobre acontecimientos vinculados con la Guerra Cristera en Ojuelos de Jalisco* [Testimonio oral].



Colaboradores de Distancia

Adán Francisco Delgadillo Trinidad
(San Luis Potosí, San Luis Potosí 1986) Licenciado en Contador Público por la universidad Tangamanga 2014 y Tsu. Administración 2006 por la Universidad tecnológica del Norte de Guanajuato Empleado en varias Empresas privadas y Maestro en el Cbtis 245 de Ojuelos de Jalisco 2017 a 2025.
Curso de bailes latinos 2023 Impartido por la Casa de la Cultura. Apasionado por la escritura. Actualmente es parte del taller literario Distancia

Armín Jesús Arceo Durán
(Durango, Dgo., México, 24 de julio de 1989) es médico cirujano y escritor duranguense. Miembro activo de la Sociedad de Escritores de Durango A.C., ha desarrollado una destacada trayectoria en literatura fantástica y de ciencia ficción. Sus relatos han sido publicados en antologías como Ciudad en Letras (2023), Dragones y unicornios (2025) y Angustiante Llamado de la Naturaleza (2025). Desde 2023, funge como maestro en la Escuela Creadores de Letras. Actualmente reside en su ciudad natal, donde combina la medicina con su pasión por la narrativa.

Dolores Fernández
(Barcelona, España 1968) Licenciada en Filología Hispánica en la universidad de Barcelona. Dolores es una escritora prolija, dentro sus participaciones más destacadas encontramos “finalista en el premio planeta en su edición 73”y el premio vitruvio de poesía en el año 2024. Además ha tenido participaciones constantemente en diversas paginas web de divulgación literaria.

Edgar Contreras
(San Luis potosi., 2000) Alumno en la UVAQ y del Seminario Diocesano de Aguascalientes, fanático del fut boll y la música sacra, he participado en algunas obras teatrales como: Medico a Palos de Molière, Macbeth de William Shakespare.

Eliana Gorosito
(Olvarría Argentina) Eliana es una escritora de poesía, dentro de sus logros se encuentran sus publicaciones en diversas antologías y sitios web, en el que destaca la antología *Tejiendo sueños* publicado por el ADET.

Emanuel Sánchez
(Argentina) Emanuel gusta de leer y pasar tiempo en familia.

Eva Bitt
(1998, Buenos Aires). Escribe desde la adolescencia. Le encantan los cuentos de terror. Actualmente comparte sus relatos en https://evabitt.blogspot.com

Felipe Urrutia
Felipe escribe en sus tiempos libres, le gusta leer y pasar tiempo con su familia

Jesús Alfonso Martínez Almaguer
(Lagos de Moreno, Jalisco, 1996) Licenciado en Psicologia por la Universidad de Guadalajara (2019). Maestro en Psicologia por la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo (2023). Estudiante del Doctorado en Ciencias Cognitivas en el Centro de Investigación en Ciencias Cognitivas de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos. Integrante del grupo de teatro Yaakun 2015 – 2022. Durante ese periodo participó como actor, en la puesta en escena de las obras; Divorciadas Jajaja, Oscuro secreto de sangre, Mujeres de Arena, Campo de Mariposas. Con esta ultima ganado el primer lugar en la quinta muestra regional de teatro en Arandas Jalisco, y el encuentro de teatro del interior en su edición 2019. Con otros grupos se presentó; Siempre quise ser hombre y a mis amores muertos. En la parte técnica colaboró en Roma al final de la vía, dormidos sobre el pasto. Se desempeñó como locutor de radio, en radio UDG en el programa Error #404 e hizo una campaña publicitaria para el C.U. Lagos "somos C.U. Lagos" en el 2019. Gano el primer concursó de poesía escrita del municipio de Ojuelos de Jalisco en el 2019. Fue reconocido con el premio municipal de la juventud en la sección de literatura, en el año 2021. Grabó un cortometraje de ficción, en la ciudad de Morelia Michoacán, titulado ¿Miedo? Presentado en la casa de cultura de esa ciudad en el 2022.

John Tapia
(México) Su obra surge del pulso de la vida rural, la experiencia familiar y la veneración por la tierra. A través de una escritura de corte oracular y contemplativo, explora la dureza y la ternura del linaje: el dolor en el hogar, la fe de los viejos, la presencia tutelar de los volcanes y el paso del tiempo. Su poética se nutre del pensamiento tradicional, la lírica devocional y el silencio de las grandes tradiciones espirituales, buscando nombrar lo sagrado en medio de lo cotidiano.

Margarita Isamat Piña España
(Guadalajara, Jalisco, 1996). Licenciada en Historia por el Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad de Guadalajara. En su formación académica y profesional se desempeñó como asistente de investigación del programa PROSNI-CONACYT para los siguientes proyectos de investigación: "Instituciones de control social para la prevención del conflicto y del delito en Guadalajara (1930-1960), "Desarrollo de la policía científica en Guadalajara (1930-1960)", "Imaginario y representación del delito y la enfermedad en México. Siglo XX". Colaboró como asistente de investigación en la Fundación Cultural Pedro López Elías, desarrollando una investigación denominada "Finanzas Públicas en México (1824-2022)", particularmente en el caso de Jalisco, realizando trabajo de archivo relacionados al ramo de: Hacienda, Gobierno y Finanzas, con énfasis en el rescate y análisis de las Memorias de Gobierno, Presupuesto de Ingresos y Egresos, Informes de Gobierno y el Periódico Oficial del Estado. Finalmente, desarrolló una tesis como proyecto de titulación titulado: "Entre la inmoralidad y el pecado. El rostro del suicidio femenino en México a mediados del siglo XX: el caso del filme de Muchachas de Uniforme (1951)."

Heriberto Rios
(Torreón Coahuila, 1999) Integrante del taller literario Distancia y escritor apasionado.

Miguel Ángel Rivera Barrera
(Zacatecas, Zacatecas, 1993) Licenciado en Letras por la Universidad Autónoma de Zacatecas. Maestro en Investigaciones Humanísticas y Educativas por la Universidad Autónoma de Zacatecas. Fue ponente en "III Coloquio Internacional de Investigación" de la Universidad Autónoma de Zacatecas, Maestría en Investigaciones Humanísticas y Educativas, con el ensayo "Implicaciones filosóficas de la Exposición del Individuo en Internet" 2024, al igual en el Coloquio Internacional Necroficciones (Pos) Modernidad y Humanidades. UACM, UAZ, et. al., con el ensayo "Violencia Clínica, una Mirada Presente en Varios Relatos de Revueltas" 2022 Zacatecas. Participó en el Festival Huellas Artísticas UAZ, Categoría Literaria NARRATIVA "El Aquelarre" – Edición 2022, Participación en el Festival Huellas Artísticas UAZ, Categoría Literaria ENSAYO "Ganimedes" – Edición 2021. Ha contribuido con las publicaciones de sus ensayos "Violencia Clínica, una Mirada Presente en los Relatos Hegel y Yo y Cama 11 de José Revueltas" en Necroficciones. Muerte y Violencia en Poéticas de la Cultura Contemporánea. Consejo Nacional de Humanidades, Ciencias y Tecnologías (Conahcyt) – Julio 2024 y con "Emojis y Estrategias de Comunicación en la App Grindr" en Revista Redoma. Vol. 4, Núm. 15.
Zacatecas – Enero 2025.

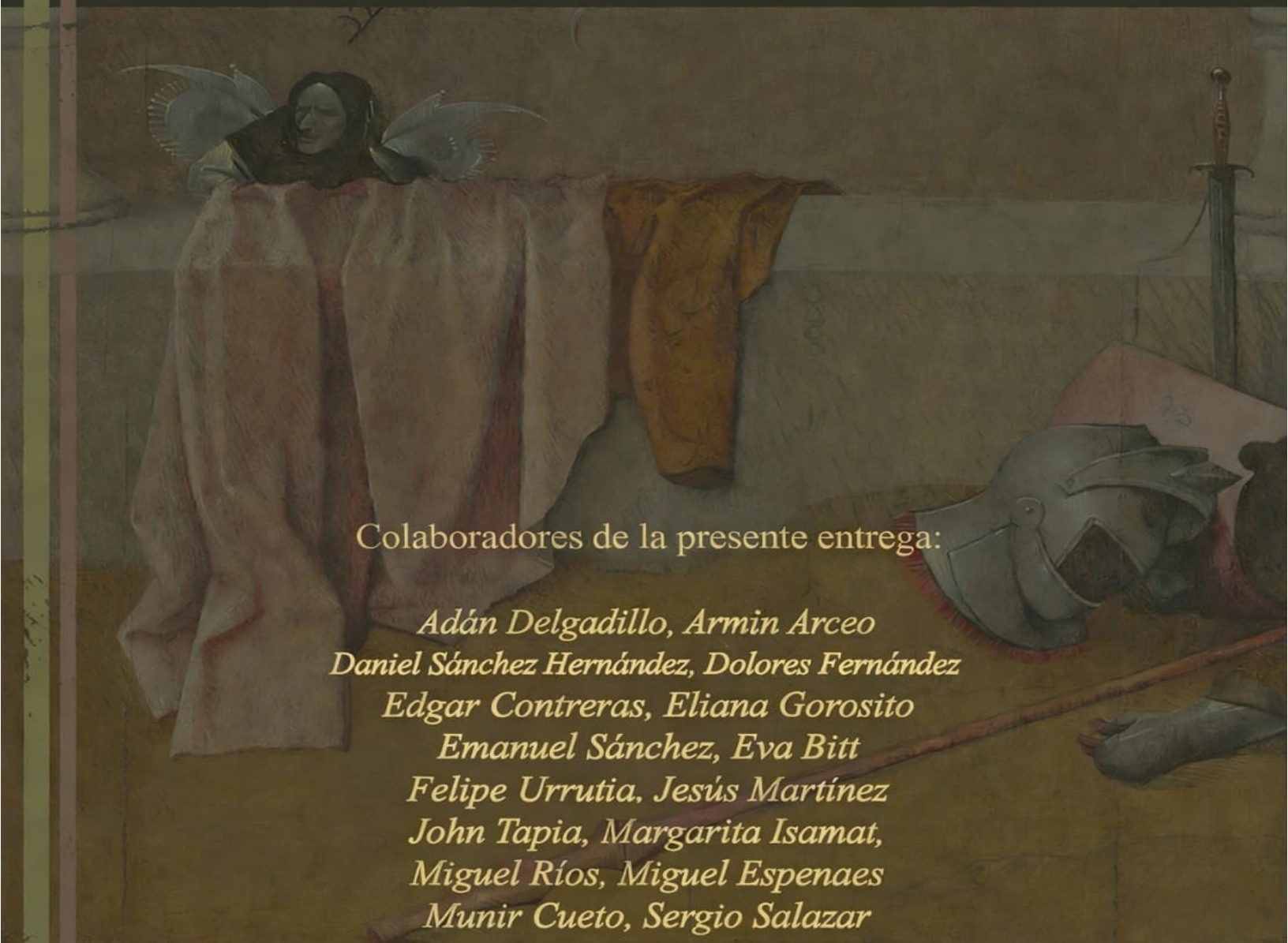
Munir Cueto
(Chile) Se desempeña como presidente de la Agrupación Literaria Victoria.

Sergio Salazar
(Ojuelos de Jalisco) Cronista de Ojuelos de Jalisco.

DISTANCIA

Revista de Creación Literaria

https://revistadistancia.framer.website/



Colaboradores de la presente entrega:

Adán Delgadillo, Armin Arceo
Daniel Sánchez Hernández, Dolores Fernández
Edgar Contreras, Eliana Gorosito
Emanuel Sánchez, Eva Bitt
Felipe Urrutia, Jesús Martínez
John Tapia, Margarita Isamat,
Miguel Ríos, Miguel Espenaes
Munir Cueto, Sergio Salazar